DDT

REVISTA DE HUMOR

Año XV. - 2.ª época - BARCELONA 29 - Noviembre - 1965. N.º 752

VILLA MI TRANQUILIDAD

VILLA PEPITA Y JUANITO

SIN PALABRAS

5 PTS

DON JUAN

La hermosa y pudibunda doña Marcela de Tentempié y Fernández de la Carracuca dejó escapar un agudo grito de pavura, porque había podido atisbar sobresaliendo de entre los pliegues de un cortinón unos chapines de raso.

—¿Quién está ahí? —inquirió la pudibunda señora acercando a sus púdibundas narices un frasco de cualquier cosa.

—¡Don Juan! —dijo el oculto caballero saliendo de su escondite y postrándose a los pies de aquella flor de la castellana Meseta.

—¡Válgame San Rodegardo, arzobispo de Malinas! —dijo la damisela a punto de un soponcio corrosivo—. ¿Vos aquí?

—¡Sí, vos aquí! —corroboró el galán levantándose.

El cuello de cisne de la delicada dama desaparecía oculto por una manta zamorana con la que se cubría desesperadamente para ocultarse. El perverso y corrupto don Juan dio unos pasos por la estancia y dijo con una sonrisa:

—¡He venido a seduciros!

—¡Ay, de mí!

—¡Ay, de vos!

La hermosa doña Marcela de Tentempié tuvo un ahogo de paloma buchona antes de preguntar al osado caballero:

—¿Habéis entrado en mi cuarto escalando los muros del jardín?

—Pues la verdad es que... —dudó Tenorio procurando conservar toda su apostura.

—¿No habéis, tampoco, cegado con oro a mis doncellas?

—Pues...

—¿Ni habéis matado a mis escuderos?

—Bueno, uno, en su modestia...

—¿Ni habéis amarrado a mi padre a una panoplia ?

—Tampoco —confesó el vil seductor bajando los ojos al suelo con vergüenza.

Doña Marcela de Tentempié y Fernández de la Carracuca se dejó caer sobre un vargueño que se vino abajo con estrépito, porque era, todo hay que decirlo, más viejo que la torta. La hermosa dama, envalentonada y lloriqueante, se paseaba por la estancia, sollozando de esta guisa:

—¿Y esa es una manera decente de venir a seducir el honrado corazón de una señora de calidad...? ¿Por qué no hicisteis esas cosas previas, decid, ¡oh!, villano?

—Mujer, estamos a fin de mes y...

—¡Callad! ¡Me dais asco! ¿Por quién me habéis tomado? Sé de muy buena tinta que a la marquesa de Rompe y Rasga la enamorásteis comprando a sus servidores.

—Me cogió en un momento de cierto desahogo económico, pero desde que todo se ha puesto tan caro...

—¡Y sé también que a doña Bartola de Ulloa la enamorásteis a base de serenatas y ricas preseas. ¿Traéis preseas?

—He venido sin una sola presea.

—¡Qué poca vergüenza! ¡Venis sin una presea! ¿Entonces creéis que soy una tonta, que va a enamorarse por vuestra cara bonita?

—Hombre, uno no está mal del todo y...

—¡Silencio! ¡A la calle de nuevo o llamo a la servidumbre!

Don Juan se arrojó de nuevo a los pies de la hermosa, diciendo:

Perla sin concha escondida
entre las algas del mar...

Doña Marcela empujaba al seductor hacia la ventana diciéndole:

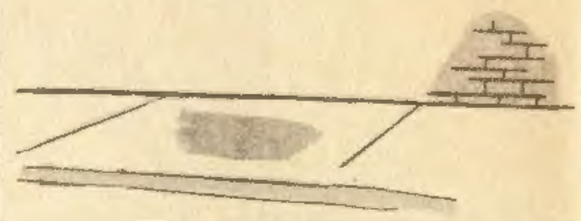
—¡No me digáis cosas cursis, que es lo que me faltaba...! ¡Y no vayáis a presumir luego de que habéis subido y me habéis enamorado, que yo sé cómo son los hombres, carape!

—¡Y yo, sin poder apuntar a ésta en mi lista...! —se lamentaba el disoluto mientras iba bajando por la canal.

MADAME REMEDIOS

—Estamos llegando a la civilización. Esta hoja es de plástico.

NO POR MUCHO MADRUGAR SE RIE MAS TEMPRANO

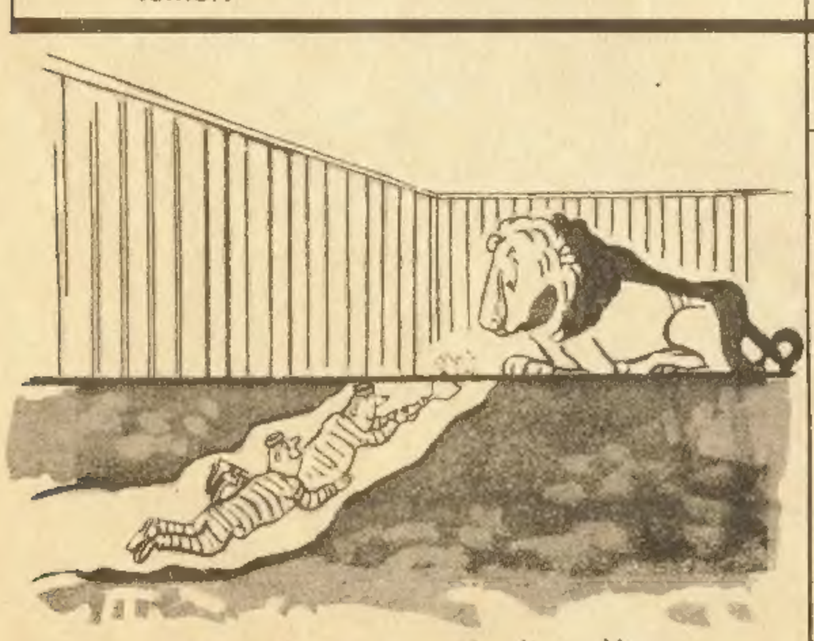


—No sirvas todavía la cena. No han bebido aún suficiente.

—Debe recordar siempre que aquí todo se basa en el temor. En cuanto lo entienda, nada tendrá que temer.

—El cinco por ciento, prefieren tomarlo solo; el tres por ciento, con leche, y el noventa y dos por ciento, ¡no tomarlo!

—¿Cómo...? ¿Que estoy muy mal porque no sufro ningún transtorno síquico?



—No te desanimes, Charlie... ¡Nuestros problemas están a punto de terminar!...

—Hago tan a menudo esta operación, que he apostado con el doctor Burns a que la hago con los ojos vendados.

—Al vencedor le daremos el cetro del rey, podrá elegir la reina del torneo, será llamado Campeón y tendrá un porcentaje sobre la entrada...

DDT
REVISTA DE HUMOR

NUM 752 • AÑO XV 29 de noviembre de 1965

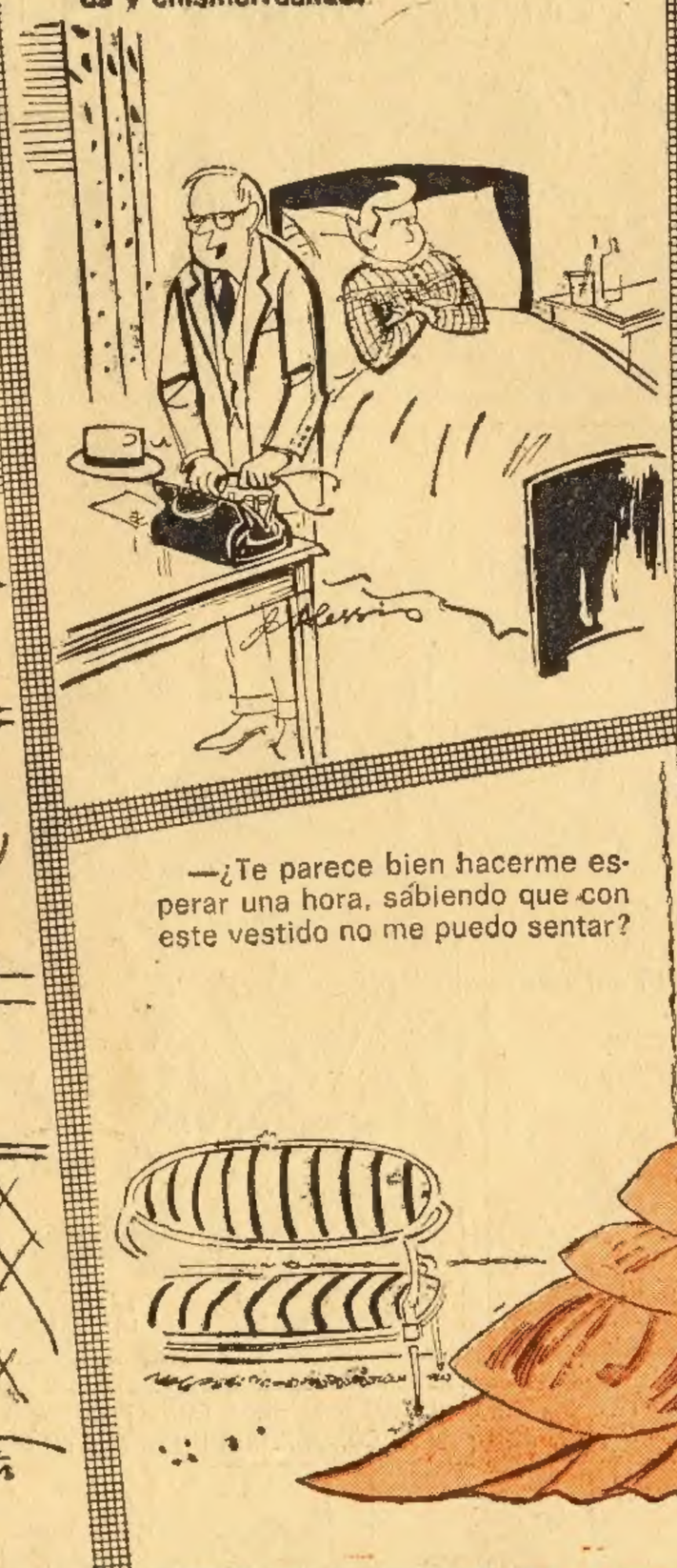
Director: MIGUEL MARTIN MONFORTE

Publicada por EDITORIAL BRUGUERA, S. A.
por concesión para España de CREACIONES EDITORIALES
prohibida la reproducción

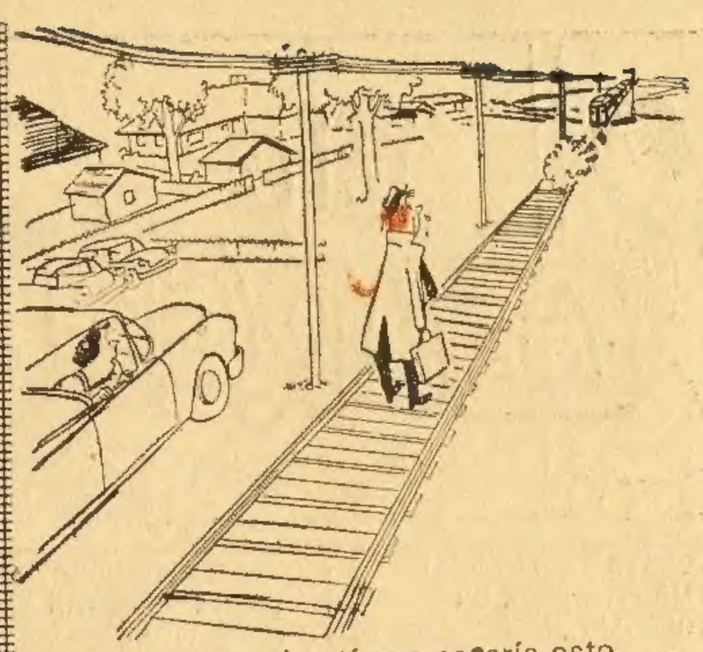
Impresa en los talleres gráficos de **EDITORIAL BRUGUERA, S. A.**
Mora la Nueva, 2 - BARCELONA - 1965

CREACIONES EDITORIALES 1965 · Depósito legal B 125 1958

—Buen viaje. ¡Que vuelvas pronto...!



—La encuentro mucho mejor, señora Ramírez. Pronto estará levantada y chismorreando.



—¡Ya te advertí que pasaría esto cuando te empeñaste en que cociera los huevos tres minutos y medio!

—¿Te parece bien hacerme esperar una hora, sabiendo que con este vestido no me puedo sentar?

Chicago año 30 y dos meses

Filipini, más conocido con el sobrenombre de el "achantatipos", mordió su cigarro puro y miró socarronamente al calvo que tenía en frente:

—¿Te crees que yo soy un cretino? —bramó.

El otro, el calvo, no se atrevió a dar su sincera opinión.

—Yo no he dicho eso, jefe.

—¡Te vas a tragar esas palabras!

—Yo, jefe, me trago lo que quiera. Eso y una aspirina, si se le antoja —se brindó humildemente, para salvar el poco pellejo que llevaba encima, porque era un tipo canijo, flaco y escuchimizado.

Pero Filipini, sacó su pistola y le apuntó al corazón.

—Te voy a dar el pase.

Apretó el gatillo. E hizo el ridículo porque la pistola se encasquilló.

—¡Maldita sea! —escupió—. ¿Dónde habéis robado este arma?

—Es de las que fabricas tú, jefe —se atrevió a contestar el "Uva".

— Por esta vez te salvas —gritó al calvo. —Pero como le vayas con el soplo a la "poli," te mato... con otra pistola, se entiende.

El escuchimizado salió apresuradamente y Filipini hizo una seña a su secuaz más íntimo.

—Esta noche vas y te lo cargas por las buenas.

—Sí, jefe —rió el bestia gozándola.

El "achantatipos" siguió con el plano del Banco Hudson.

—A las 9 en punto abren la puerta. A las nueve y dos segundos llega el cajero. A las nueve y tres segundos aquella rubia tan guapa, que hace de secretaria. A las nueve y cinco segundos, el director. Está comprobado.

Chupó del cigarro habano inútilmente porque estaba apagado.

—Tú, Johnny, deja el coche robado en la esquina a las nueve menos dos segundos y te pones a ver qué tiene el motor.

—¿Y si no tiene nada? —preguntó el berzotas.

—Cállate. Vosotros dos, a las nueve y un segundo, entráis detrás del cajero, le pincháis los riñones con la pistola y que abra la caja. Luego vais vosotros dos a las nueve y tres segundos y cargáis las bolsas. Hale, vamos a la cama que mañana hay que madrugar.

El día del asalto al Banco Hudson, Filipini y su banda se dirigieron al lugar del robo.

—Son las nueve, jefe —dijo el contable de asesinatos—. ¡Y aquí no abren nada!

—No puede fallar. Lo tengo todo cronometrado.

—Oiga, jefe —dijo el "Uva"— que son ya las nueve y siete minutos y no viene el cajero.

—Iréis atrasados. Cuando en un robo se dice una hora, nunca fallan, hombre.

—Jefe, que eso es en el cine; que en la vida real cada uno va al trabajo a la hora que le apetece.

A las nueve y veinte compareció el cajero.

—Me he dormido. Se me han pegado las sábanas.

Los coches de Filipini estaban aparcados con el motor en marcha. Se acercó un policía.

—Oigan, esto es Zona azul. Lárguense, o les meto una multa.

—¿Me lo cargo, jefe? —preguntó uno de los secuaces.

—Calla. Guardia, vamos a ingresar una cantidad...

—Bueno, vayan, no se retrasen.

Los seis hombres se apearon penetrando en el Banco.

—¡Manos arriba! —gritó Filipini—. ¡He dicho manos arriba.

Pero todo el mundo siguió trabajando, haciendo sus transaciones, ingresos y pagos como si tal cosa.

—¿Grito yo, jefe? —se ofreció voluntario de voz el "Uva"

—Será mejor volver otro día. El plan estaba previsto para las nueve y son las nueve y media. Me gusta ser puntual en mis robos. Vámonos.

Filipini y sus muchachos, todos feísimos, con caras de patibularios, salieron a la calle.

—¡Encima esto! —masculló irritado.

El guardia les había metido una multa por aparcamiento indebido.

Armando MATIAS GUIU

—¿No crees que este ascensor baja muy rápido?

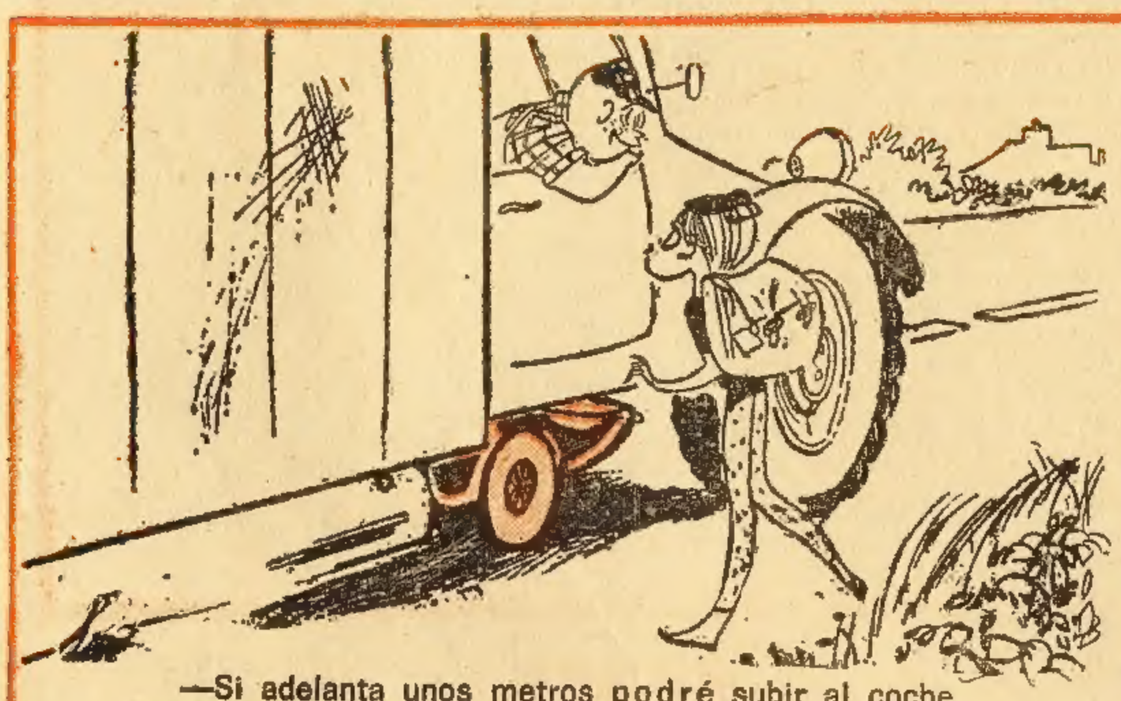
—¡Gastón, regresa! ¡Te han visto!

Big GEORGE!
by Virgil Partch
¡VAYA, OTRA VEZ SE PIERDE LA IMAGEN, COMO SIEMPRE. ESTO ESTA PIDIENDO QUE INTERVENGA CON MI TECNICA

8036

—Es la vieja medicina de siempre, pero aplicada con sistemas modernos de sicología.

—Otra cosa, antes de empezar: ¡nada de tirones de pelo!



—Si adelanta unos metros podré subir al coche «sport» que ha parado primero...

—Mi papá cae más tranquilamente.

Entre hijos del Celeste Imperio

—Honorable y bondadoso anciano, ten la bondad de quitar de mi hombro los siete vencejos que se me han posado hace un rato.

—Lamento decirte, encantador jovenzuelo, que lo que tu mente imagina son vencejos son en realidad siete churretes de chocolate que se te cayeron hace media hora escasa.

—¡Me habré puesto el kimono hecho un asco! ¿Y dices que no son vencejos?

—No lo son, pero no te preocupes y escucha esta sabia sentencia que figura en los Cinco Libros de Pan-Tho-Pón: "Si aguardas la felicidad como se aguarda el tranvía, vas dado. Toma un taxi".

—Gracias por tan sabia respuesta, honorable y provecto anciano, pero para quitarme los churretes que afean mi kimono necesito más que filosofía, un quitamanchas.

—Aquí lo hay también, tierno mozalbete.

—¿Aquí mismo? ¿Detrás de esas columnas interminables que se pierden en lontananza? ¿Más allá de los resplandores de topacios, rubíes y lapislázuli de las túnicas de las gheisas...?

—Permite que con todos los respetos te diga que tu mente desvaría, víctima del opio.

—¿He fumado opio?

—Has cogido, con todos los respetos, una soberana cogorza oriental. Por eso vas a autorizar que con estas mugrientas y repelentes manos que se ha de comer la tierra te eche al rostro un balde de agua.

—¡Caracoles! ¿Qué haces, desaprensivo y falaz viejales? ¿No te das cuenta de que me vejas rociándome de ese modo?

—Ya me lo agradecerás cuando tus sentidos y potencias estén más equilibrados.

—Es cierto... Ya no veo columnas, pero, ¿y el lapislázuli?

—Aquí no hay ni lapislázuli ni lapisverdi. Te hallas, ¡oh, descarriado mancebo!, en casa de tus padres, que esperan que se te pasen los efectos de la tremenda intoxicación para propinarte una paliza al estilo de Hong-Kong que te vas a chupar los dedos. Y a propósito de esos paraísos artificiales a los que te has entregado con fruición alocada, escucha otra sentencia.

—¿Qué sentencia?

—Seis años y un día.

—Pero eso no tiene enjundia filosófica ni hace meditar cuando el somormujo canta en la vecina fronda:

—No hará meditar, pero puede que algún día el juez te la eche por imbécil.

—¿Cómo osas hablarme de esa guisa, asqueroso viejo?

—No solamente oso hablarte, sino que voy a osar a continuación romperte el lomo, majadero.

—¡Padre, no te había reconocido!

—¿Niegas ahora que sea tu padre, idiota?

—¡Perdón! ¡Perdón!

—¡Toma el primer guantazo, para que lo recuerdes cuando vuelvas a intentar emborracharte con opio y otras porquerías aborígenes!

—¡Pero si yo no perdí el conocimiento por haber fumado esa marranada, padre de mi alma, al que respeto, venero y beso la orla de su vestido...!

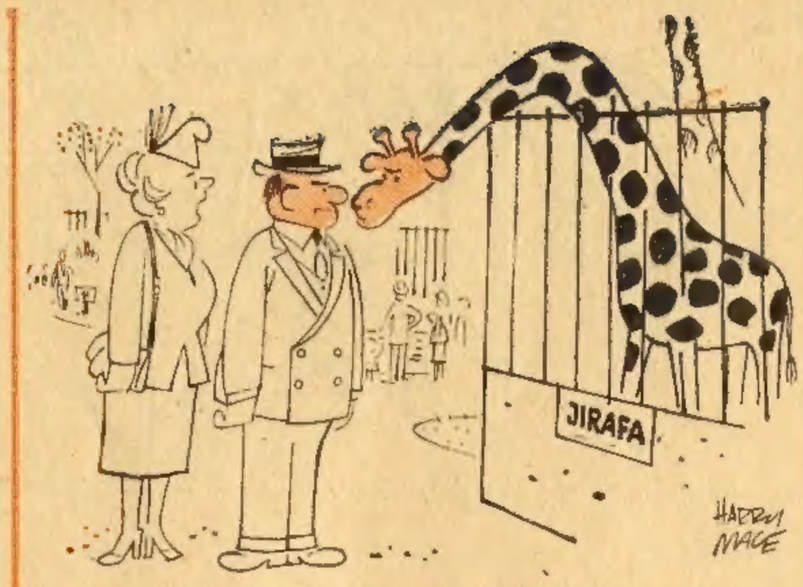
—Pues, ¿de qué has cogido esa cogorza?

—Me quedé traspuesto después de leer las Obras Completas de doña Selma Lagerlof...

—¡Eso es mucho más nocivo que el opio! ¡Júrame que no lo volverás a hacer y recuerda el hermoso proverbio de Confucio que dice que "donde comen dos, comen dos".

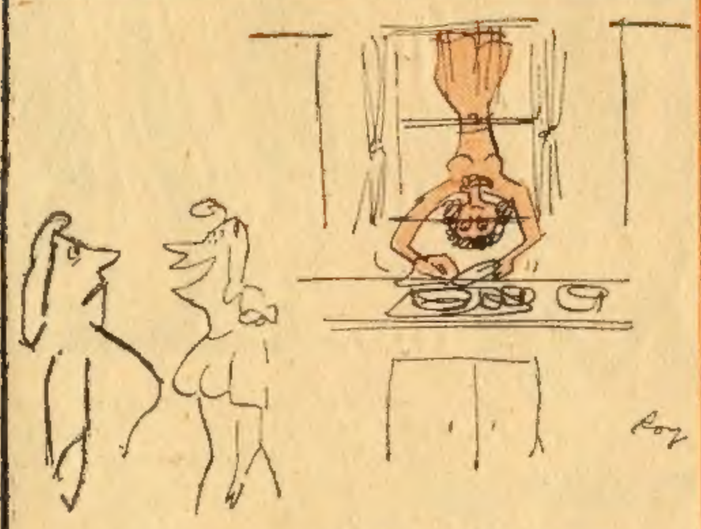
DON JORGE.

—¡Le he dicho mil veces que espere a que haya terminado la consulta, antes de sacar los equipos...!



—¿Es que tienes que discutir con todo el mundo?

—Quiero a otro, Francisco; pero si te consuela saberlo, le hago sufrir tanto como a ti...



—La chica de arriba siempre nos friega los platos.

—No se preocupe, esta habitación está completamente insonorizada...

MEDIOEVO

—Permitid, señora, la mi señora, que os bese vuestras lindas y blancas manos como señal de acatamiento y cortesanía.

—Oh, caballero, besad cuanto queráis, siempre que no se os caiga la cimera en ese momento, como sucedióme días ha con el conde Froilán de la Pata la Llana, que al inclinarse sobre mi marfileña mano. cerróse su yelmo y cogióme un dedo.

—¿Hízoos, entonces, pupa?

—¡Pupa hízome, buen caballero! Por cierto, ¿cuál es vuestro nombre?

—Suero.

—¡Caracoles, tenéis nombre de inyección!

—Es costumbre de la familia poner el nombre de Suero al primogénito. Son cosas de esta época en que vivimos, llamada por cronistas e historiadores el Medioevo.

—Es cierto y bien decís, gentil y garrido ricohombre. ¡Yo estoy deseando que nos den el otro medio!

—¿El otro medio qué?

—El otro medio Evo, porque con medio nada más, mal podemos arreglarnos, mi muy arriscado y jacarandoso caballero.

—¿Permitiréis, entonces, que esta noche, al dar las diez, os cante una serenata al pie del torreón donde habitáis, hermosa y honesta dama?

—Os lo permitiré, siempre que la serenata en cuestión no trate de asuntos no aptos para los oídos de una señora de alto copete, que algunos de mis admiradores, impulsados tal vez por la loca pasión que encendí en sus almibarados pechos, se permitieron loas y epítetos que rebasaban la prudencial donosura de unas coplas admirativas, atentando de esta forma contra el alto copete que tengo.

—¿Cómo lo tenéis de alto?

—¿El copete? ¡Mirad!

—¡Qué hermosura! En ello se ve la alta cuna do nacisteis y lo alcurnioso y abolengoso de vuestros antepasados.

—Eso sí, mi estimado caballero, tengo antepasados nobilísimos, por ejemplo, don Berenguer Felípez de la Cosa, que estuvo en el Sitio de Tarrasa.

—¿Y qué ocurrió?

—¡Que lo dejaron en el Sitio!

—¡Qué contrariedad! De rodillas ante vos, a pesar de lo incómodo del apretado jubón que llevo y a pesar también de que, por culpa de esta postura caballeresca se me puede hacer una carrera en la media, os doy mi más sincero pésame al tiempo que os suplico me concedáis besar de nuevo vuestras alabastrinas manos.

—Os concedo este don, siempre que os enjuguéis antes la boca, porque antes, cuando me besásteis las manos, me las dejásteis manchadas de rojo.

—¡El chorizo del almuerzo, mi señora!

—Admito vuestras disculpas, hermoso doncel, y os permito besar de nuevo mi mano, maguer no os limpiéis los labios.

—Si me lo permitís maguer...

—Sí, sí, maguer.

—Os beso, entonces, y os pido licencia para retirarme, siempre que me permitáis llevarme a casa un poco de maguer.

—Tomad un poco, si me juráis llevarlo siempre dentro de una bolsita de cuero suspendida de vuestro cuello.

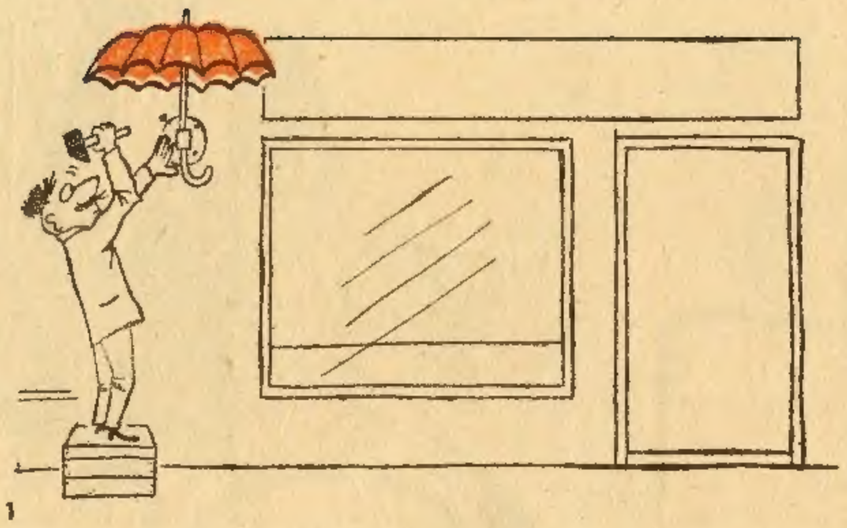
—¡Oh, dulce prenda de amor que no pensé nunca merecer...! ¡No, no os inclinéis ante mí, que antes lo hicisteis y con vuestro capirote me disteis en el ojo izquierdo un capirotazo que desde entonces me llora aceite y vinagre.. ! ¡Dios os guarde, florida y bellísima señora!

—¡Abur, majo!

JORGE LLOPIS

El botones SACARINO
de "EL AULLIDO VESPERTINO"
por F. Ibáñez
¡BOTONES! PERO... ¿QUE ES ESO?
¡ES UNA MAQUINA DE PRECINTAR QUE HE INVENTADO!
SE PONE EL PAQUETE DE PERIODICOS, DOY EL INTERRUPTOR...
¡CLIC!
¡Y ELLA SOLA LE PONE LAS TIRAS ENGOMADAS DEL PRECINTO! ¡JE, JE!
BZZZZZZ...
PERO... ¿QUE DEMONIOS ES ESE CACHARRO?
AQUI HAY UN INTERRUPTOR... ¡VEAMOS PARA QUE SIRVE!
¡CLIC!
¡RAYOS!
BZZZZZZZ...
¡SOCORRO! ¡SAQUENME DE AQUI!! ¡BLFFJ!
BZZZZZZ...
¿QUE ES ESE JALEO? ¡SE... SEÑOR "DIRE"!
BZZZZZZ
¡¡MMMBLLLFFFJMM!
PERO... ¿QUE DICE? ¿QUE LE HA GUSTADO MI MAQUINA? ¡SI NO HABLA MAS CLARO, NO LE ENTIENDO!

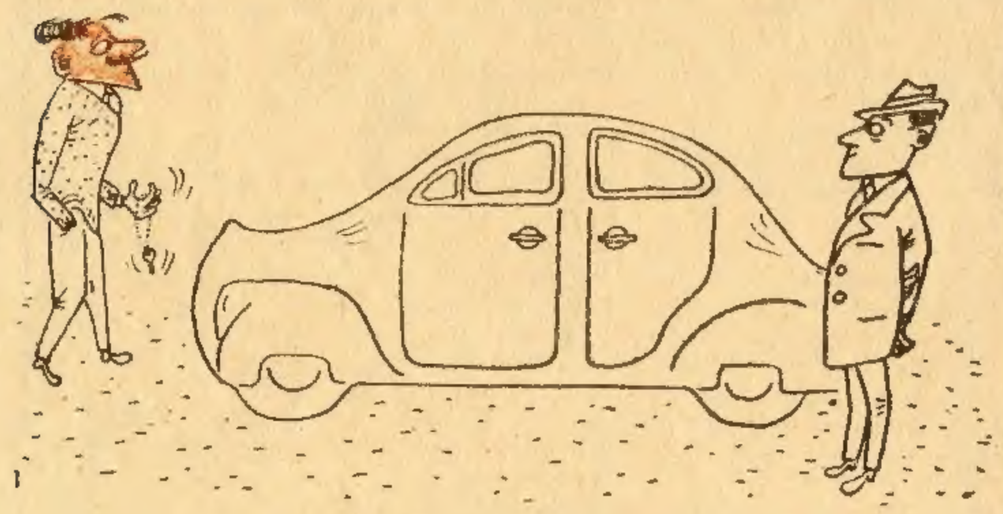
Mr. SIMPLETON



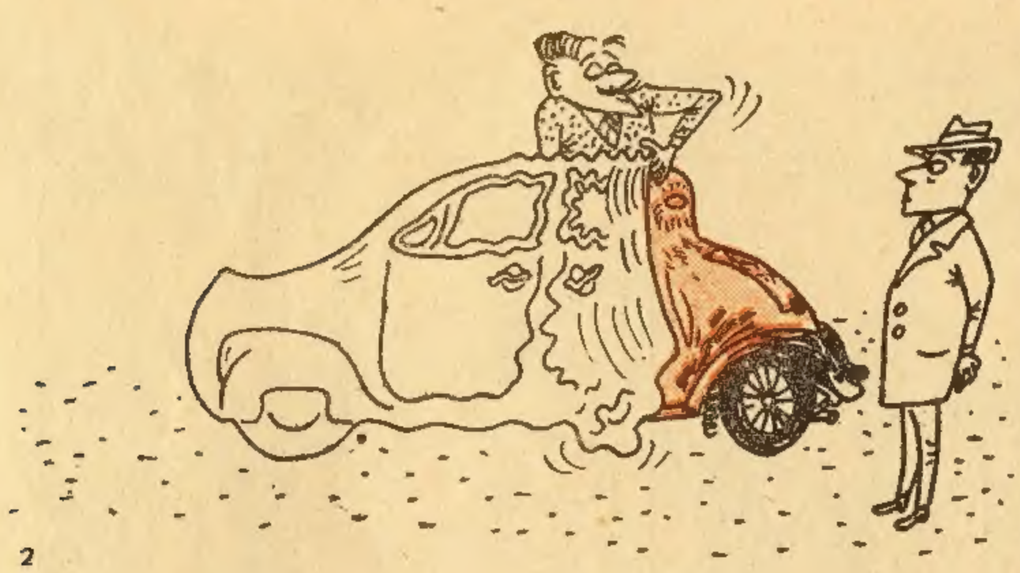
1 2 3 4

JUSP

por JUSP



1



2

3

1

2

3

Cosas que se hacen a fin de mes

Revisar todo el presupuesto que se hizo el día 1, para ver por dónde demonios se ha podido fugar todo el dinero, ya que no queda en casa ni una peseta.

No abrir la puerta, llame quien llame, y mantener las persianas de las ventanas bajas, por si algún cobrador mira desde la calle, que se crea que estamos fuera.

Renunciar a ir al cine, fumar y tomar aperitivos, hasta que se salve el fatal bache económico.

Revisar la lista de amistades, por si se encontrara alguna a la que se le hubiera prestado veinte duros, y se le pudieran reclamar.

Reducir las comidas corrientes a frugales condumios, para resistir todo lo posible.

Romper la hucha vieja, por si quedara algo en su interior.

Registrar todos los trajes de la temporada pasada, con la esperanza de encontrar en algún bolsillo, olvidado, algún billete que quedara allí en días de pasada opulencia.

Borrarse de suscripciones y círculos, a los que se pagan cuotas pequeñas, pero que siempre son las que fastidian a la hora de prolongar el sueldo hasta el día 30.

Empezar a angustiarse pensando que habrá que armarse de valor y descararse ante el jefe, pidiendo un anticipo, Dios sabe a cuenta de qué.

Renunciar al autobús, e ir a pie a la oficina, hasta que se supere la mala racha.

Reñir con la mujer, porque según ella, uno no gana cuatro cuartos.

Proponerse que el mes siguiente, lo de quedarse sin un real no vuelva a suceder.

Y empezar a resignarse, porque en el fondo se sabe, que cada mes, la historia se repetirá.

ISIDORO

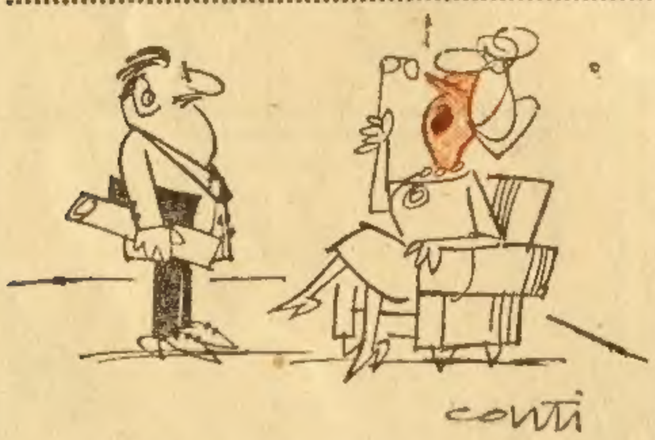
CONTI

—Es el perfume de moda; huele a estirolacetatometilonaldehido.

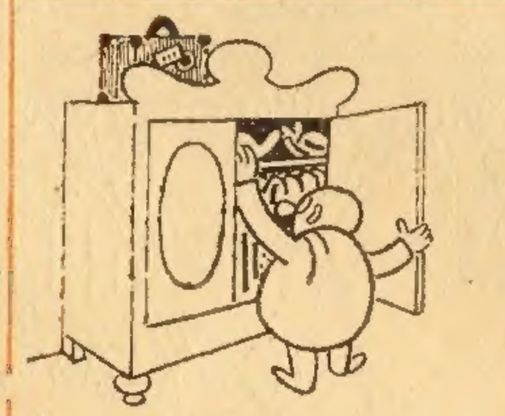
—Vienen tantos turistas, que desearíamos comprar un trocito de playa para asegurarnos el sitio de la próxima temporada.

—Hemos tenido que hacer la casita así porque el terreno es muy coro.

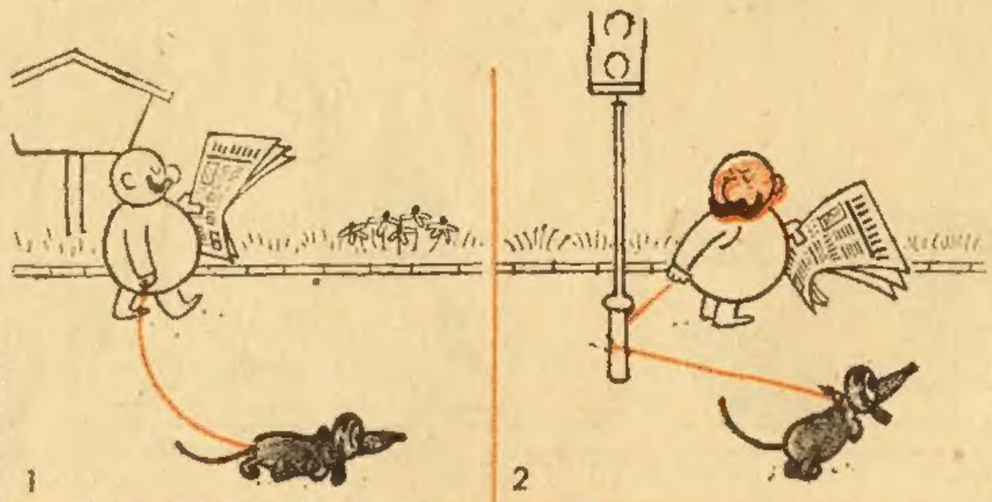
—Le puedo servir un cuba libre, un martini, un jugo de tomate... pero una copa de aguardiente no sé lo que es.



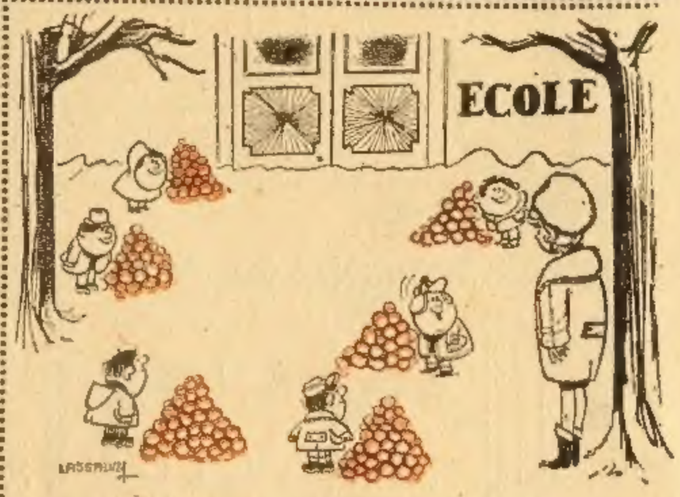
—Deseo que decore la casa con fotografías gigantescas... retratos míos, desde luego.



EN EL CHISTE PEQUEÑO ESTÁ LA BUENA GRACIA



LASSALVY



—Estamos esperando al profesor...

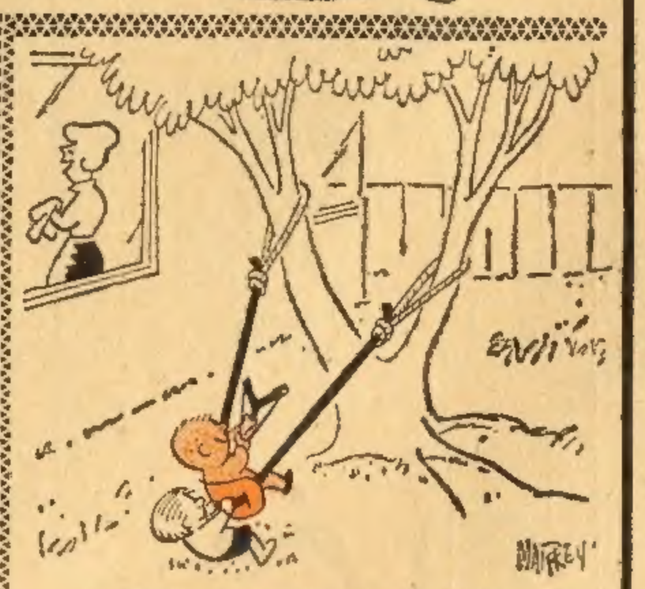
—¡Así aprenderá este malvado cazador a no molestar a mis conejitos!

—Conserva la calma, Pepe... No te pongas nervioso.

—Reconocerás que he progresado mucho... ¿Te has fijado en tu pipa...?

—No le hagas caso; es mi antiguo novio.

—¿Te acuerdas de las mil pesetas que prometí devolverte cuando cobrara...?



—Están jugando en el patio... Dicen que se trata del lanzamiento de un proyectil en dos fases.

—Creo que he descubierto el diente roto en nuestro engranaje...

—¡Si pudiera recordar hacia dónde miraba cuando golpeé la bola...!

EL CAPITAN DEL BELLO NAVIO

El capitán del bello navío subió a cubierta como todas las mañanas, a dar su ojeada habitual. El capitán del bello navío era un veterano lobo de mar y el menor detalle resultaba captado en seguida por ese sexto sentido que tienen los veteranos lobos de mar, y en general todos los protagonistas de los relatos de bravas y audaces aventuras. El capitán del bello navío, aunque muchas veces se mojaba el dedo para saber de dónde soplaba el viento, no se lo chupaba. Por eso, apenas pisó la cubierta, el capitán del bello navío se dio cuenta de que el bello navío estaba totalmente detenido.

—¿Qué pasa? —gritó el capitán del bello navío—. ¡Con la prisa que tenemos!.. ¡Dad toda la presión a las calderas!

Desde el cuarto de máquinas le llegó el aviso de que su orden había sido cumplida. Y a pesar de ello, el bello navío seguía sin moverse, como si estuviese clavado en medio del mar.

Al mismo tiempo un canto dulcísimo llegó a oídos del veterano lobo de mar.

—¡Voto a bríos! —exclamó el capitán del bello navío, usando el léxico que había aprendido en los manuales para capitanes de navíos—. ¿Quién anda canturreando por ahí, cuando no podemos hacer avanzar este viejo cascarón?

—Soy yo, bravo capitán —contestó una voz desde el mar, desde las aguas de cobalto, junto a la proa.

—¿Usted, señorita? —se inclinó el capitán del bello navío por la borda, hacia la joven que nadaba allí delante— ¿Puede saberse que hace usted tomando un baño en alta mar? Además, ¿le parece bonito andar por ahí luciendo un "dos-piezas" como si fuera una turista?

—Esto no es un "dos-piezas", bravo capitán —sonrió la bella joven, cuyos cabellos estaban adornados coquetonamente con estrellitas marinas—, sino un traje de baño de una sola pieza.

Antes de que el capitán reaccionara asombradísimo, añadió:

—Es que yo no soy una señorita corriente; soy una sirena, con su dulce canto, su cola de pescado, sus escamas, y todo lo demás.

—Conque una sirena. —se mordió el labio el capitán del bello navío, sin demostrar demasiado asombro, porque los veteranos lobos de mar no se asombran ante nada— Entonces, seguro que es usted quien anda impidiendo que avance mi nave.

—Sí, señor capitán —hizo un gesto pícaro la linda sirena— He enredado unas algas y unos corales en la hélice, porque quería que se asomara usted para hablar un rato

—¡Pues no lo encuentro correcto! Eso, más digno que de una sirena, me parece propio de un gamberro. —Luego, tratando de contemporizar, concluyó:— En fin, ya está hecho. Ahora dígame qué es lo que desea, y en qué puedo servirla. La escucho.

—Pues, verá —habló la sirena, mientras nadaba un poquito, con elegantes impulsos de su cola plateada—. Yo estoy un poco aburrida de mi vida en los abismos del océano, y quiero ver mundo. Por eso se me ha ocurrido que podría emplearme de sirena en un barco. Y el suyo me gusta. Es un navío elegante y bello.

—Es que mi barco, señorita sirena, ya tiene una sirena de vapor —la informó el capitán.

—¡Pero qué sirena tan horrible, bravo capitán! —puso cara de repugnancia la sirena de largos cabellos y cutis nacarado—. Sólo hace: "Buuuuú; buuuú" Yo, en cambio, cantaría bellas canciones, como hacen las sirenas de verdad, y toda la tripulación iría más divertida.

—No me conviene su oferta, señorita sirena, porque habría de ponerla en nómina, pagarle horas extraordinarias y muchas otras cosas, y llevo la plantilla del barco muy recargada.

—Entonces, bravo capitán —inició unos pucheros la joven sirena.

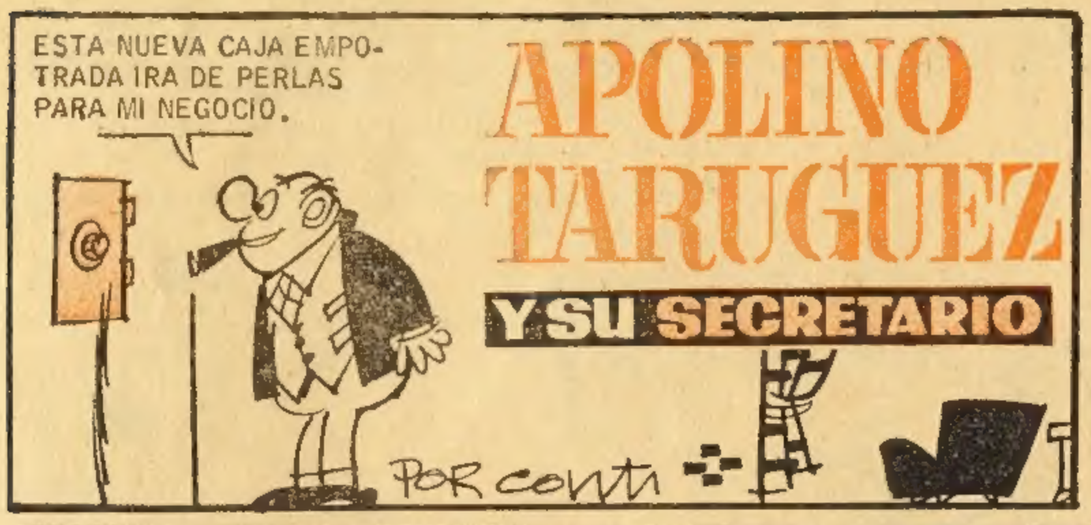
—¡Eh, un momento! —se ablandó el capitán del bello navío—. No se vaya a echar a llorar. Le daré una instancia, usted la rellena, y espera a que se convoque algún concurso oposición para sirena de barco.

La sirena recogió el impreso, dio las gracias al capitán del bello navío, y después de arreglarle la hélice, salió nadando a gran velocidad, hasta perderse en el horizonte.

Se marchó a toda prisa, claro está, a buscarse una recomendación; porque, sirena y todo, sabía lo que es eso de las oposiciones, y que al que se duerme le pisan la plaza.

PEPE GREY

APOLINO TARUGUEZ Y SU SECRETARIO



hogar, dulce hogar

—Creo que hubiera sido mejor haber tomado ayer un par de vasos de éstos, en lugar de los otros..

—¿Tenemos que celebrar el aniversario de boda cada día?

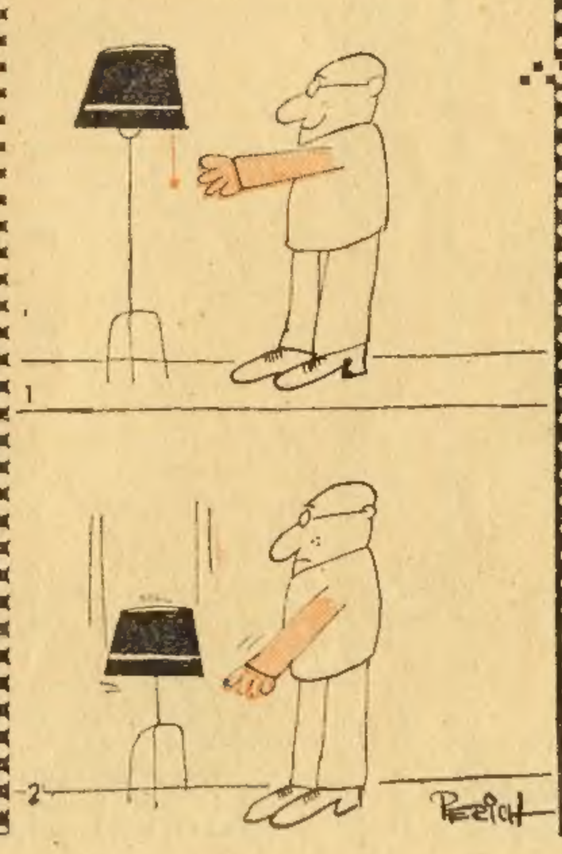
—Si sólo la mitad de lo que has dicho fuera verdad, únicamente te lavaría con agua y jabón la mitad de la boca.

—¿Puedes esperar cinco minutos, Antonio? Papá está terminando de colocar el alambre espinoso alrededor de la nevera...

—Espera, ahora verás el resto.

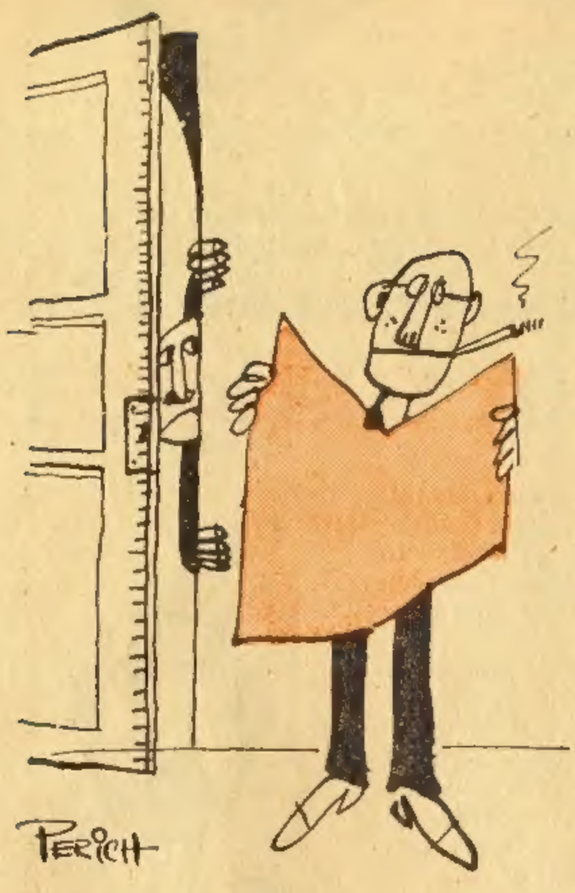
—«Harold, antes de entrar en casa llama a tu madre y pregúntale si ya has tenido el sarampión...»

—¡Espero que no habrás realizado ninguna de esas compras a mi cuenta!



—Te gustará; el servicio es pobre, pero la comida es buena...

Espera larguísima



Bruno se había rascado ya todo el traje, fumado medio paquete de nacionales emboquillados, y se sabía de memoria el decorado que le rodeaba.

Empezó a pasearse contando los pasos que había de un extremo a otro. Satisfecha su curiosidad, empezó a dar pasitos pegando el tacón con la puntera del zapato. Así se recorrió la sala de izquierda a derecha y de arriba abajo.

Luego, empezó con las diagonales. Iba dejando colillas en todos los ceniceros.

Desde allí oía la voz de la recepcionista que hablaba con varias personas. De repente, le asaltó una duda.

—¿Se habrán olvidado de mí?

Se encaminó hacia la puerta, pero se detuvo a un paso de ella como si le hubieran dado con la puerta en las narices. Miró el reloj.

—Esperaré diez minutos más; si no me llaman, me voy.

Siguió caminando como si estuviera de excursión.

Sentía como le crecía la barba.

Pasaron diez minutos.

—Cinco minutos más de plazo y me voy. ¿Qué se ha creído? Por muy don Claudio que sea, es un cretino. Eso es.

Esperó veinte minutos. Los cinco cundieron mucho, como los garbanzos en el agua.

Se dirigió hacia la puerta con paso firme y volvió a frenar ante ella.

—Por cinco minutos más completo la media hora de prórroga, como una final de copa.

Se sentó y empezó el juego de cruzar, descruzar piernas descruzar brazos y cruzar piernas. Era como si caminara sentado.

Oyó los pasos de la recepcionista que se alejaba y tuvo una idea.

Se levantó de puntillas y abrió la puerta. El vestíbulo estaba vacío.

Avanzó por un pasillo. Al fondo había una puerta que llevaba a los despachos de los empleados. Se oían muchas máquinas de escribir como si todas escribieran lo mismo.

Hacia el otro extremo había una puerta grande, forrada en piel, con un letrero que ponía: "Dirección".

Avanzó hacia allí y entreabrió la puerta. Miró por la ranura.

Don Claudio, sentado en su despacho estaba leyendo el periódico.

Bruno desanduvo el camino y llegó al vestíbulo. Allí estaba ya la chica monona.

—¿Se va usted? Don Claudio está ocupadísimo en una reunión —mintió.

—No se preocupe; volveré otro día.

Se fue y no volvió más.

Pero él se lo perdió, porque el que necesita de los demás, tiene que aguantar muchas cosas. Y mucha gente cree que hacer esperar al prójimo da categoría.

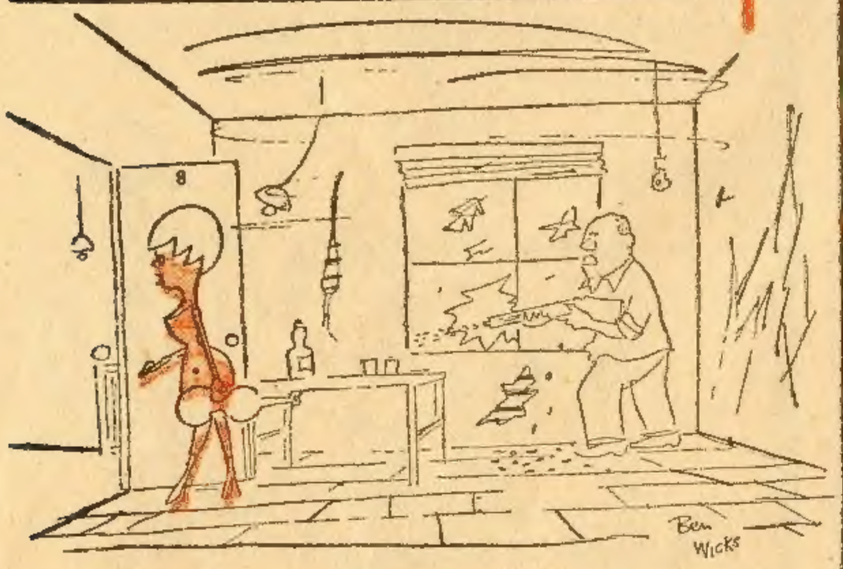
Pero cuando Bruno Filistegui logró un puesto importante, hizo lo mismo. Hubo visitas que incluso se trajeron la tienda de campaña para vivir cómodamente en la salita, mientras esperaban que él les recibiera.

Armando MATIAS GUIU

—¿Pero qué clase de médico es usted? ¿A mí me recomienda que tome más sol y permanezca al aire libre?

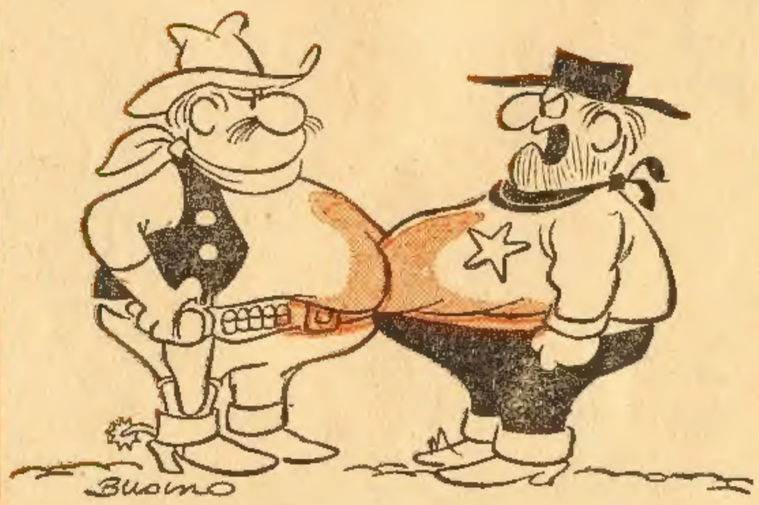
—Me gusta comer fuera de vez en cuando. Estoy cansado de mi propia cocina...

—¿No es maravilloso? Desde aquí se divisan cuatro supermercados de los más importantes!

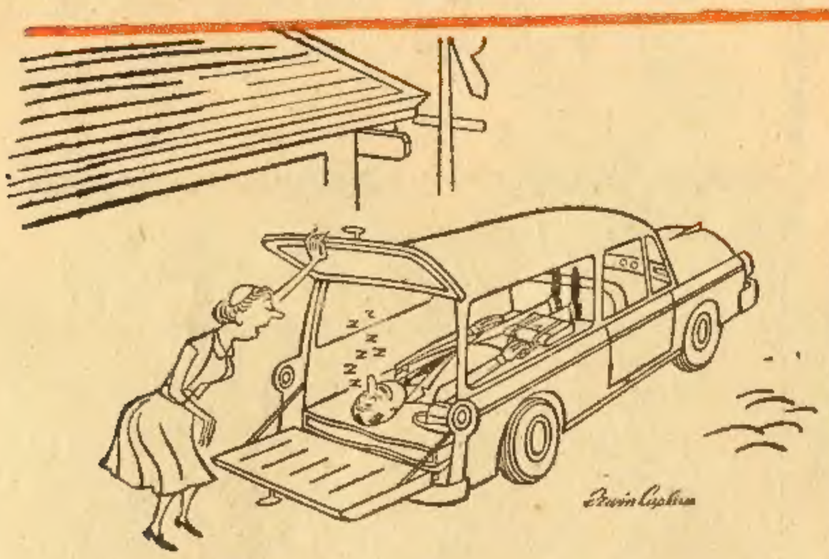


—Creo que van a reconocerte a pesar de tu disfraz, Sam...

—¡Esto es vivir!



—¡Esta ciudad está resultando pequeña para los dos...! ¡Adelgázate!



—Ya hemos llegado a la parada del autobús, querido.

UNO del CHISTE

—¡Caramba! ¡Es usted el hombre que buscamos!

SANGRE, MUCHA SANGRE!

Lo contemplé allí, a mi lado, inmóvil, flácido... ¡Estaba muerto!

Y el cuchillo continuaba en mis manos, como si no tuviera otra cosa que hacer, el muy idiota.

Me acerqué al fregadero de la cocina y abrí el grifo. El agua, alegre y gorgoteante cayó en benéfica cascada, dando una nota de frescura y de limpieza, porque se diga lo que se diga, el agua es limpia como los chorros del oro.

Limpié cuidadosamente el cuchillo, que dejé a un lado con cierta aprensión, y en el momento en que iba a arrimar mis manos al chorro del agua clara y cristalina que manaba del grifo, éste dejó escapar un carraspeo inquietante, y, poco a poco, el benefactor manantial quedó convertido en una infamante y modesta gotita que caía del abierto grifo de vez en cuando, con un tictac que sabía a insomnio.

—¡También es oportunidad que ahora me corten el agua! —dije en voz alta, casi adrede, para escuchar mis propias palabras.

Me volví y contemplé "aquello", que yacía de costado sin moverse ni tanto así, como es costumbre en todos los cadáveres.

Le toqué, porque yo no sé qué pasa que cuando uno no sabe qué hacer toca lo primero que tiene a mano.

Estaba todavía caliente. De su cuello manaba abundante sangre.

Me dije con originalidad:

—¡La sangre es tan escandalosa...!

Al levantar mis manos de "aquello" que había tocado en un impulso irresistible noté que mis manos, ya de antemano bastante pringadas, estaban ahora lo que se dice perditas de sangre.

Me precipité sobre un paño de cocina que estaba colgado donde los paños suelen estar y procuré quitarme de entre los dedos aquello tan viscoso que se me pegaba, se me pegaba, se me pegaba...

Un escalofrío recorrió mi espina dorsal de arriba abajo.

Sonreí, con una mueca enloquecida en mi semblante torvo y grité:

—¡Pues sí que la he hecho buena, hombre!

La sangre que manaba de la herida que mi víctima tenía en el cuello resbalaba mansamente y comenzaba a formar un riachuelo que iba aumentando su caudal poco a poco, sin sequías inoportunas o embalses que mermaran aquello...

—¿Por qué estaremos llenos de sangre, en lugar de estarlo de otra materia menos viscosa? —me dije bizqueando horriblemente.

Estaba solo en la casa. Ya había yo tomado todas las precauciones para que "la cosa" me saliera bien. Sin embargo, creí escuchar en el jardín un ligero ruido de pasos. Aparté con suavidad los visillos y miré hacia afuera...

No había nadie, pero mis manos lo habían llenado todo de rojo.

Me sentí desfallecer y, para no caerme, me tuve que apoyar en la pared, en la blanca pared de la cocina.

Mis diez dedos quedaron impresos allí en aquel tono rojo color butaca de teatro antiguo que tiene la condenada sangre...

De mi garganta reseca salió un grito ahogado, porque...

Me chistaban... ¡Sí, sí; me chistaba alguien...!

—¿Quién está ahí? —grité apartando "aquello" de un puntapié y colocándome en la puerta de la cocina.

Era el grifo. El agua volvía después de aquel corte tan idiota...

Hundí mis manos en la caricia de aquella agua fresca, que se me antojó pura y transparente, a pesar de que, como después de todos los cortes, salía cenagosa, gorgoteante y cochina.

Lo fui limpiando todo cuidadosamente de aquella asquerosa sangre. Cuando lo tuve todo en orden, recogí el cadáver y procedí a trocearlo. Primero lo abrí en canal; luego le fui quitando la piel...

Era un conejo hermosísimo. Y con tomatito me salió definitivo.

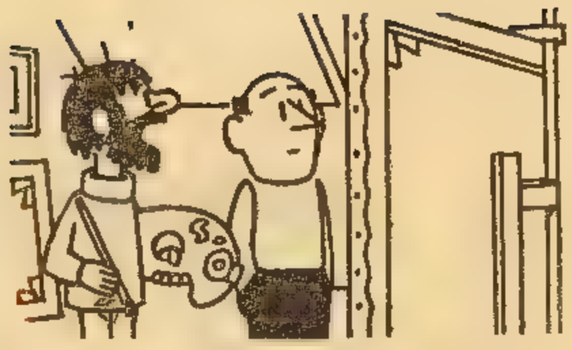
Todavía con una inquietante risita histérica termino mi narración diciendo con los ojos entornados:

—Si ustedes gustan..

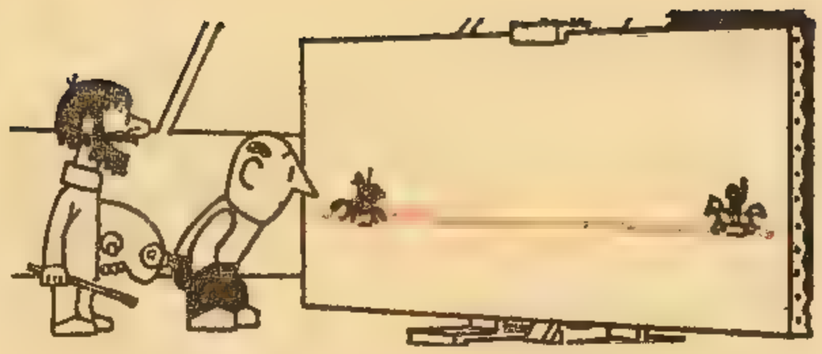
JORGE LLOPIS

SONATA EN RISA extranjera

DINAMARCA



—Voy a pintar la batalla de Waterloo...

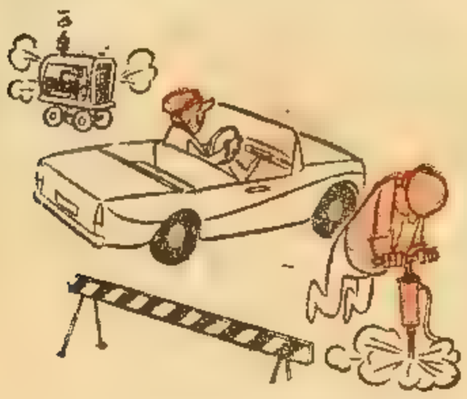


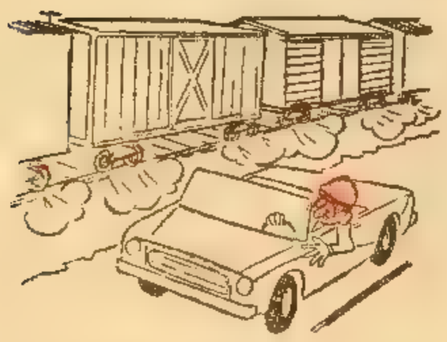
—Empecé por Wellington y Napoleón... es éste... en la esquina izquierda.

—Ya comprendo por qué se quemó nuestro motor. Se quemó la correa del ventilador.

—¿Le sirve esta gomita?

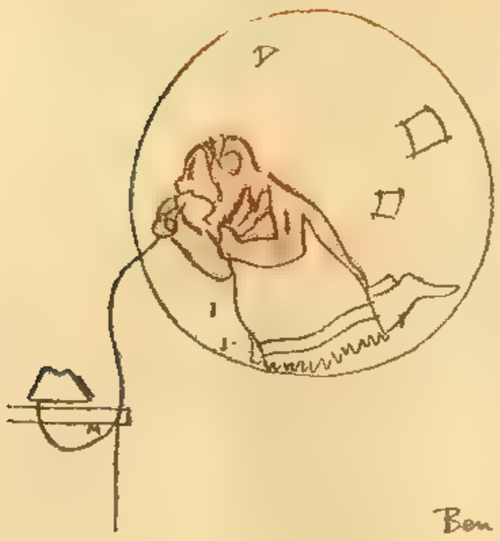
—Lo lamento ¡No quise herir sus sentimientos.





—Se notan unos ruiditos en el motor...

U. S. A.



—¿Es aquí la fábrica del champú "Espumín"?

—¡De pronto, han saltado y han vuelto a meterse dentro del tostadero!

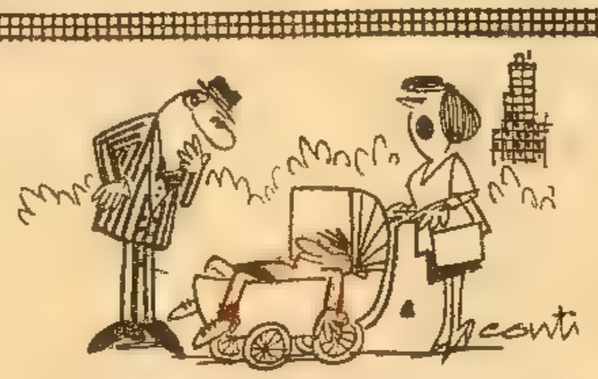
FRANCIA

—Usted tendrá que comprar una parcela de las mayores. Observo que tiene los pies muy grandes.

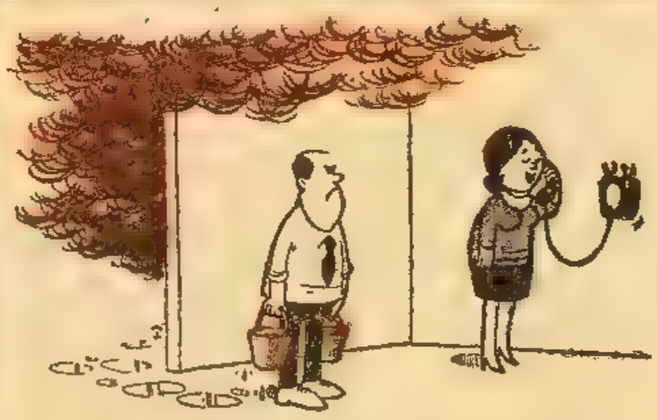
—Vamos a jugar a la pelota.

—Reconoce que no tienes un día muy afortunado hoy, Marta.

ESPAÑA



—No, no es un niño muy desarrollado, es un niño muy gandul...



—Bueno, Ana, tengo que dejarte porque Antonio creo que quiere telefonear...

—Se equivoca usted, guardia, es la cadena del reloj...

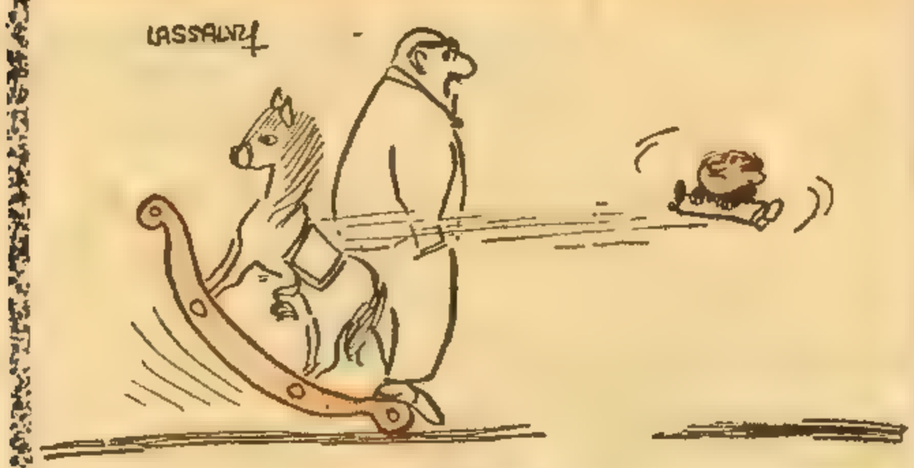
—En el anuncio ponía «garaje con apartamento», no «apartamento con garage...»

ITALIA

SI CHIAMA RISA

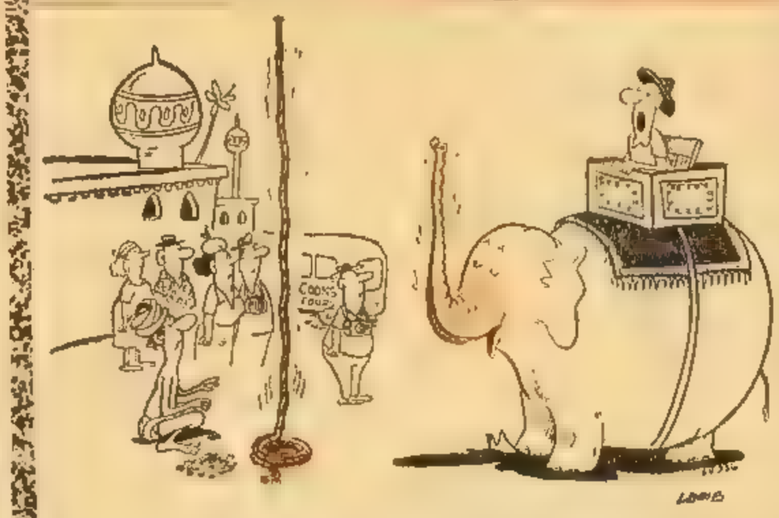
—No se te ocurra decir al niño que eras el primero de la clase. No es un argumento que pueda inducirle a estudiar

—¡Querido!



—A comer.

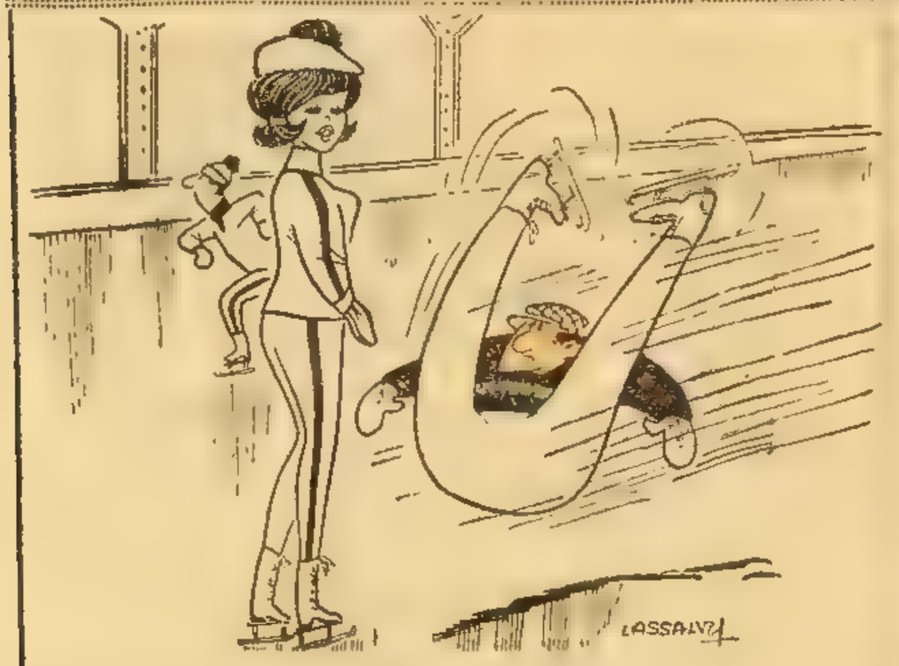
—No sé quién es. Pedí un sistema de cambio de discos automático y eso es lo que me han mandado.



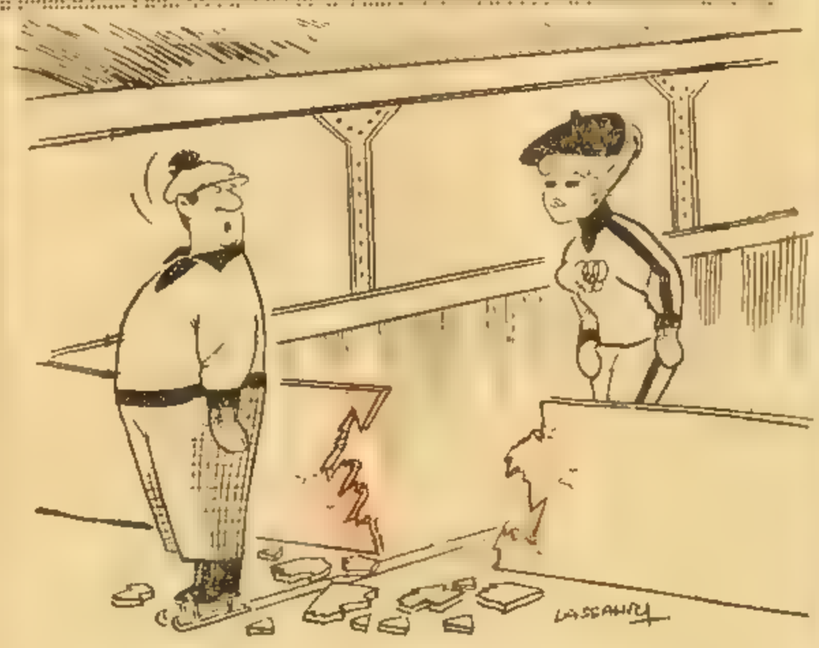
—No te burles de él, Millecent. Sólo está tratando de ganarse la vida.

SIN PALABRAS

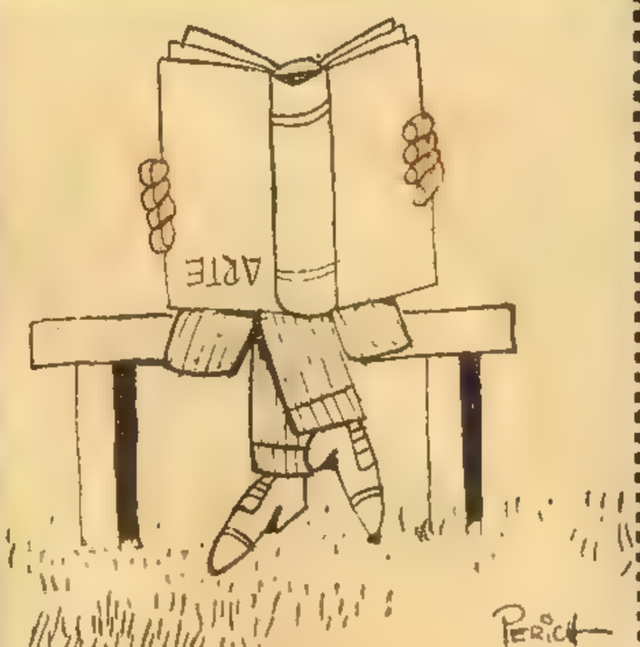
SIN PALABRAS

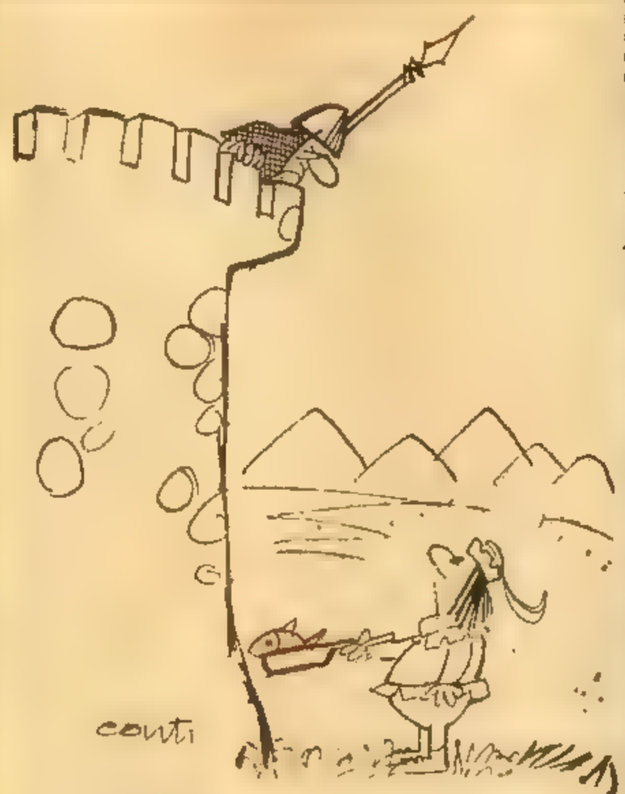


—Vas progresando, Enrique... Ya vuelas más bajo



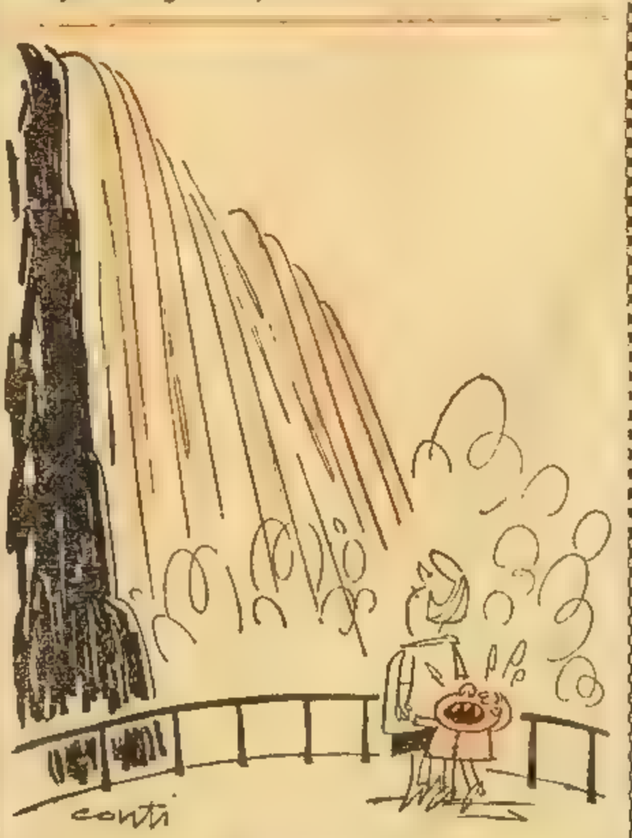
—Tendré que aprender de una vez a parar.





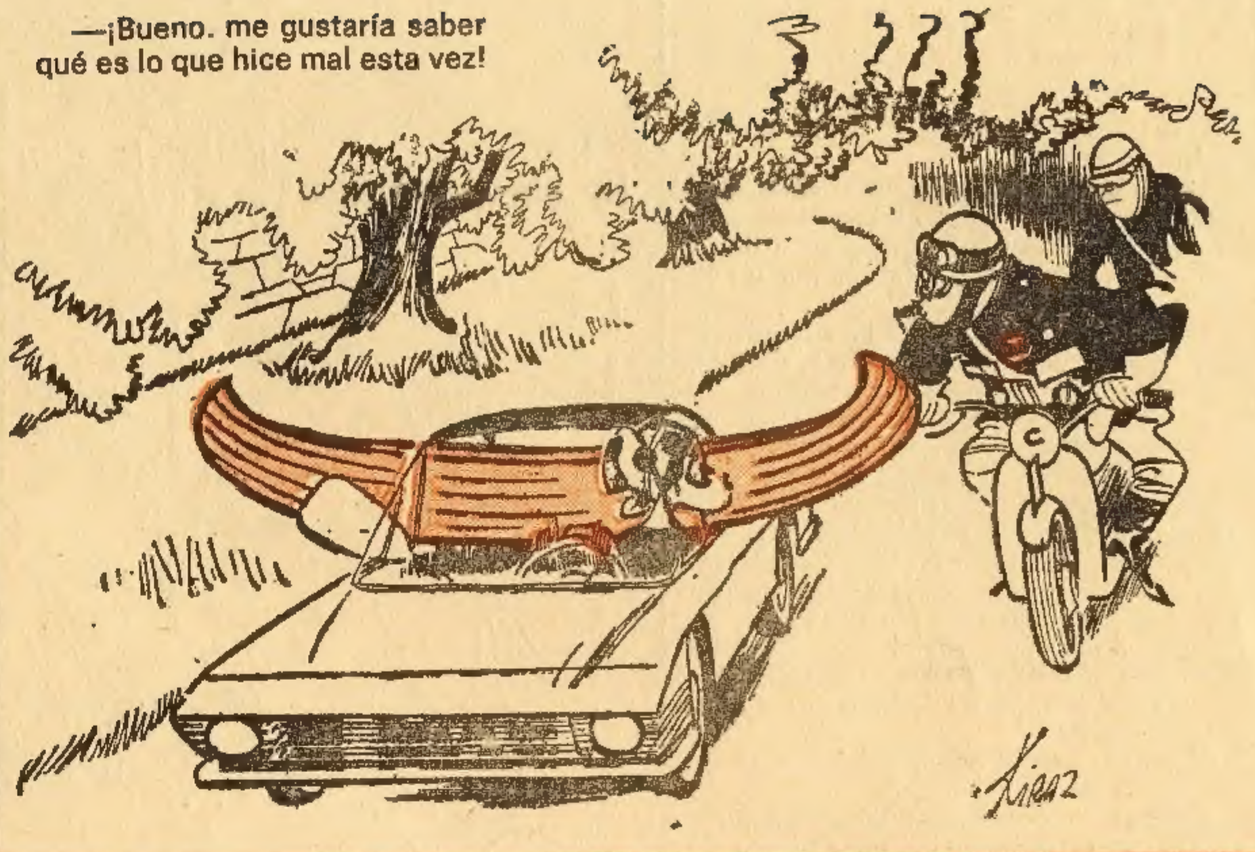
—Un poco de aceite hirviendo, por favor.

—Has mejorado mucho en tu ataque de gota, querido...



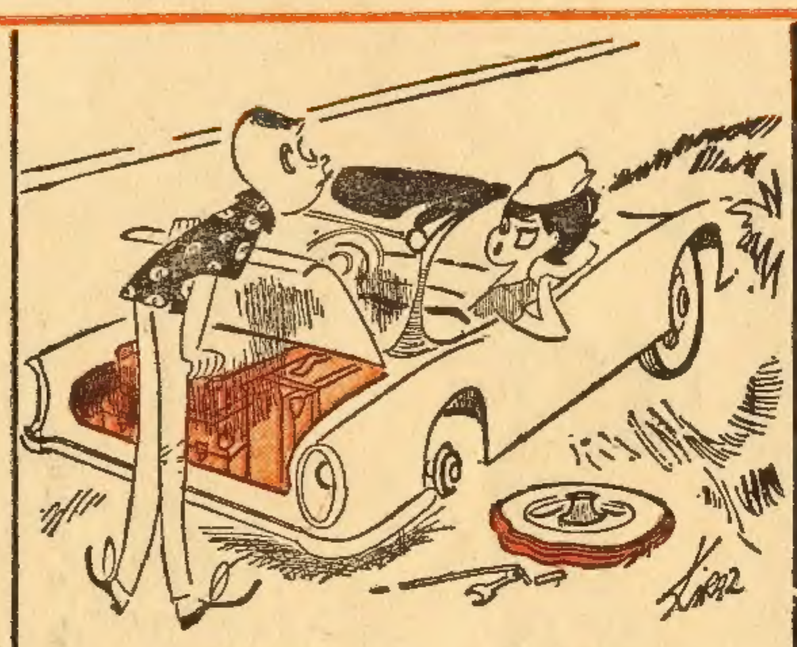
—¡Tengo sed!

—¡Cierra los ojos y abre la cartera!



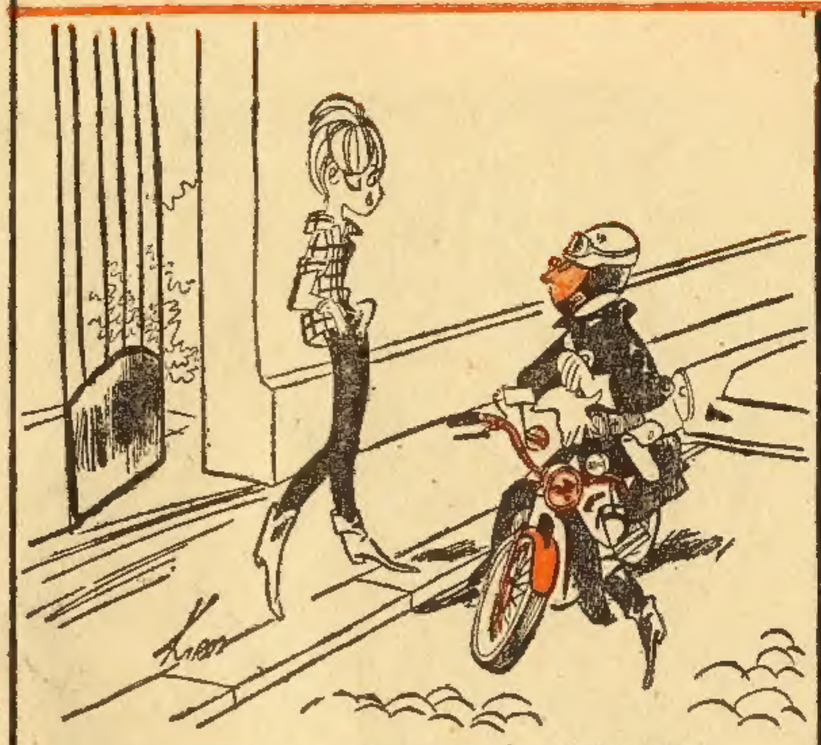
—¡Bueno. me gustaría saber qué es lo que hice mal esta vez!

LAS CHICAS DE KIRAZ

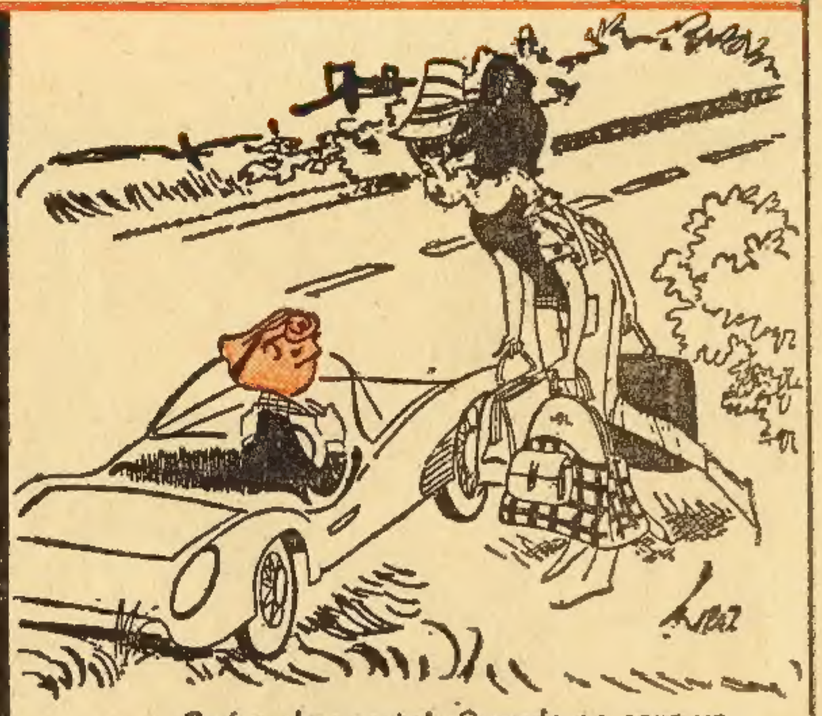


—Tuve que sacar la rueda de recambio, porque las maletas no cabían...

—No quisiera ser aguafiestas Lulú,pero estoy viendo una gorra de chófer en el asiento de al lado...



—Papá, ¿puedo coger la moto esta tarde?



—¡Qué mala suerte! ¡Cuando se para un coche que nos gusta, el que no nos gusta es el conductor...!

CONOZCA DIA A DIA SU

HOROSCOPO

Conozca sus días de suerte, ayúdese a si mismo aumentando sus posibilidades de éxito en todos los aspectos de su vida diaria

Un volumen dedicado a cada signo zodiacal

Contiene Novbre. y Dcbre.1965

P. V. 12 Pts.

VIRGO
PARA LOS NACIDOS DEL 22 DE AGOSTO AL 22 DE SEPTIEMBRE
CONOZCA DIA A DIA SU
HOROSCOPO
1966
Y UN ANALISIS DETALLADO DE SU CARACTER
UNA GUIA DIARIA PARA SU VIDA PROFESIONAL, AMOR Y MATRIMONIO SALUD, VIAJES, RIQUEZA.
CONTIENE TAMBIEN: NOVIEMBRE Y DICIEMBRE 1965

editorial bruguera, s.a.

Agua y escándalo

La vida transcurría plácida en el balneario. Las gentes tomaban su vaso de agua o su baño de lodo y el resto del dia discurrían por los umbrosos jardines o se aburrían como ornitorrincos australianos en el casino de la localidad, en el que cuatro señores jugaban al tresillo.

Doña Josefina alcanzó a su marido en un banco del parque recoleto.

—¡Hombre, afortunadamente que doy contigo, porque estoy buscándote toda la mañana!

Don Severo levantó los ojos de la edición dominical del periódico, que se estaba empujando enterita, con anuncios y todo.

—Mujer, lo dices como si yo anduviera huyendo de algo...

—¡A lo mejor huyes de mí, que todo podría ser posible! —insinuó la dama con amargura.

—¿Ocurre algo? ¿Te has vuelto a pelear con los del hotel?

Doña Josefina sorbió el aire puro de aquellos jardines soleados y dijo con hiel en la voz:

—¡A los del hotel los he dejado por imposibles! En realidad, lo que tenía que decirte es bastante gordo.

—¡Me asustas, Josefina!

—¡Es para asustarse, Severo! — apuntó doña Josefina, fatídica, con temblores de emoción en el bolso.

—No se tratará de nuestras hijas... Son dos pimpollos floridos, dos capullitos de alhelí... —expresó don Severo vertiendo una lágrima sobre un artículo.

Doña Josefina levantó los ojos al cielo y, después de tomarse un tiempo prudencial, dijo tensa:

—¡Tenemos que abandonar este balneario inmediatamente!

—¡Josefina! —gritó don Severo quitándose los quevedos, los alarcones y los tirsos.

—¡Tenemos que huir de este lugar manchado por la concupiscencia y la deshonestidad, Severo! ¡Y te aseguro que cuando emprendamos el camino no he de volverme ni uña sola vez siquiera, como se volvió la mujer de David!

—La que se volvió fue la mujer de Lot, mujer.

—¡Por mí como si se hubiera vuelto la novia de Reverte, Severo! —vociferó doña Josefina cada vez con más excitación en sus abundantes mollas—. ¡Pero no nos queda otro remedio, si queremos que nuestras hijas Casildita y Remedios, se conserven puras!

—¿Entonces, por lo que me cuentas, esto es un lodazal?

—¡Un lodazal y un barrizal!

—¡Válgame Dios...! —suspiró don Severo. —¿Y he sido yo mismo quien ha osado traeros a ti y a las niñas a semejante antro?

—No te desesperes, que sé que lo hiciste con buena intención y con el propósito de curar mi reúma.

—Bueno, pero, ¿qué es lo que pasa aquí? —quiso saber don Severo, mirando distraidamente la Sección Financiera en la que se decía que en la Bolsa de París había predominado el papel.

Doña Josefina, con pudor, explicó a su esposo:

—Pues es que me he enterado... ¡Con vergüenza voy a pronunciar tan feas y procaces palabras! Me he enterado, Severo, de que las aguas que estamos tomando todo el mundo son..., ¡ferruginosas!

—¡Calla, calla! ¡Calla, por Dios y no manches tus impolutos labios con tan repugnantes conceptos! —rugió el marido.

—Pues todavía no lo sabes todo. ¡Esas aguas contienen también... litio!

—¡Vámonos inmediatamente, que yo no quiero continuar ni un momento más en este antro de corrupción, Josefina! Afortunadamente que nuestras hijas no se habrán dado cuenta de nada... ¡Pobres criaturas inocentes!

Y don Severo alzó el puño señalando el hotel y las termas y los apostrofó con gesto de patricio romano.

DON JORGE

VIEJECITA TEMIBLE

La viejecita de blanquísimos cabellos y traslúcida piel, se detuvo maravillada ante la administración de lotería al escuchar a uno de los empleados anunciar por un altavoz

—¡Lotería! ¡Compre en la administración de los mil premios! El primer premio, aquí. Aproveche la ocasión.

La viejecita creyó haber oído mal, porque sabía que estaba viejecita y ya no era ninguna niña, y a las viejecitas los sentidos a veces les gastan extrañas jugarretas. Pero el altavoz ya estaba repitiendo:

—Compre el "gordo." Aproveche la ocasión.

La pulcra y simpática anciana detuvo a un caballero que pasaba por su lado.

—Usted perdone, caballero...

—¿En qué puedo servirla? —tocóse amablemente el sombrero el caballero, sonriendo a la viejecita.

—¿Quiere repetirme lo que dice ese señor por el altavoz?

—Pues —contestó el señor, un poco turbado—. Que venden lotería, que tiene el "gordo," y que hay que aprovechar la ocasión.

—Eso me parecía haber entendido —movió la cabeza como un pajarito la viejecita, —pero no daba crédito a mis oídos.

—Es que... —quiso añadir el caballero.

—Nada, nada, señor, muchas gracias —cortó prestamente la vivaracha vieja con un gesto picaresco—. Ha sido usted muy amable; muchas gracias. No le entretengo más.

El caballero, perplejo, estuvo parado unos instantes. Luego, encogiéndose de hombros, prosiguió su camino.

—¡Qué suerte! —exclamó la viejecita para su capote—. Saben dónde va a salir el 'gordo,' y además lo venden y lo anuncian a todo el mundo. Para que luego hablen mal de la actual generación.

Con gesto vivo, la anciana se coló en la administración de lotería.

—¿Qué desea, señora? —preguntó uno de los empleados, al verla entrar tan decidida.

—Déme lotería del "gordo."

—Bueno, señora . —vaciló el hombre.

—¡Aprisa, aprisa! —acució alegremente la pulcra viejecita—. Déme toda la que le quede.

—¿Quiere todas las series de un número?

—Claro, hombre.

—Aquí tiene —tendió el hombre los billetes—. Son cuatro mil pesetas.

—¡Jesús, qué caro! —se escandalizó la buena mujer—. Y dígame; ¿cuánto me toca saliéndome el "gordo"?

—Ciento cincuenta millones de pesetas.

—¡Ciento cincuenta millones! —repitió, asombradísima, la viejecita—. ¡Qué curiosas cosas hace la gente moderna!... En fin, no sé en qué me los voy a gastar, pero ya me las arreglaré... Aquí tiene usted los billetes y deme los ciento cincuenta millones.

—¿Có .., cómo dice, señora? —tartamudeó el hombre de la lotería.

—Que me dé los ciento cincuenta millones de pesetas.

—¡Pero si aún no se ha celebrado el sorteo y no sabemos qué número será el premiado!

—¿Cómo que no lo sabe? —se enfadó la viejecita—. ¿No estaba usted hace un momento, anunciando por el altavoz que vendía el "gordo"? ¿No le acabo de comprar toda la lotería que tenía del "gordo"? ¿No me ha dicho que correspondían ciento cincuenta millones? ¡Pues venga el dinero!

—Pero, señora... Yo..., nosotros... —intentó aclarar el embrollo el lotero—. El sorteo...

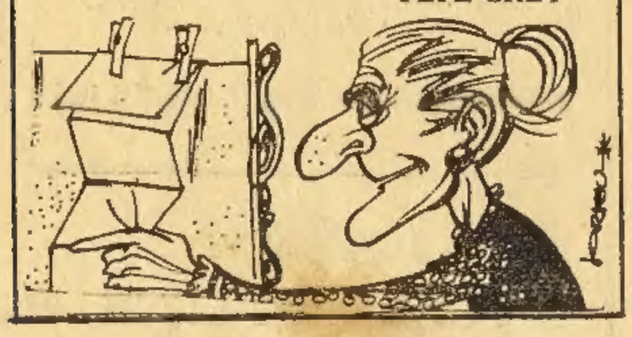
—¡Ni sorteo, ni narices! —chilló la viejecita blandiendo su paraguas—. Si usted me ha vendido el "gordo," tanto le da pagarme ahora como dentro de una semana. ¿Qué pretende? ¿Fatigar a una pobre viejecita obligándola a volver?

—¡Es que yo no le he vendido el "gordo"! —estalló el hombre.

—¡Ah! —gritó la temible viejecita—. ¡Pretendía estafarme! He entrado a comparar el "gordo," y usted quiere quedarse mi dinero y mi premio. Soy vieja, pero no tonta, señor mío. ¡Ahora mismo busco a mi abogado, y sabrá usted cómo las gasto! No sabe quién soy yo, joven.

Y la temible viejecita salió toda decidida a poner los medios para que le pagaran los ciento cincuenta millones.

PEPE GREY



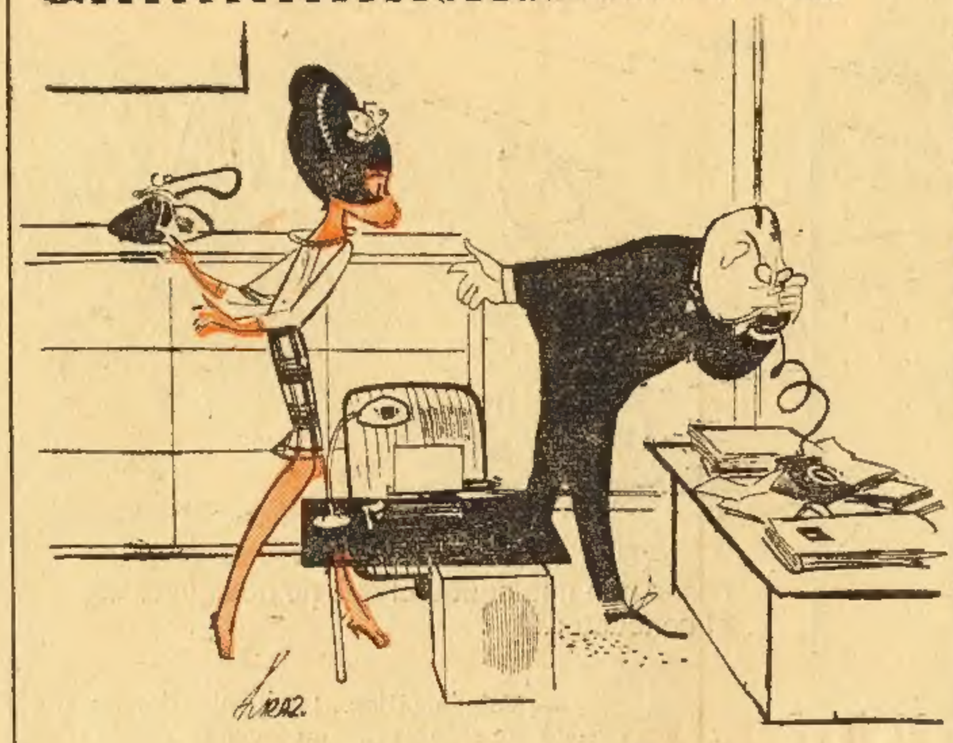
—¿Es suyo?

—Lo mejor será separarse: así sabremos a cuál de las dos está siguiendo...

—Ya se marchó aquel grupo de acreedores, señor.

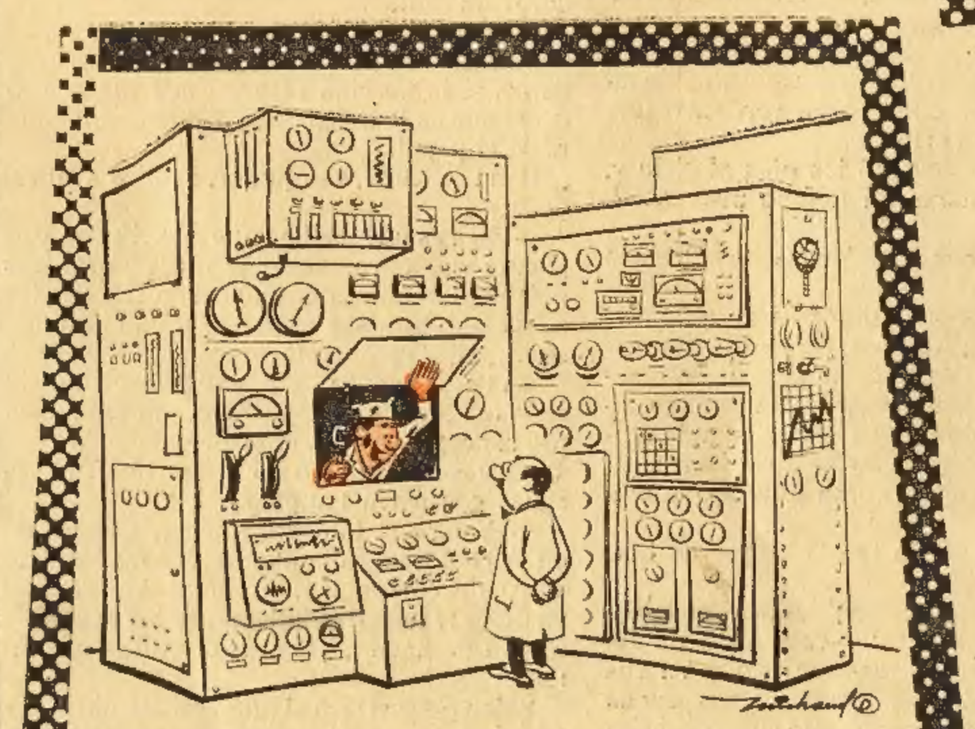
EN LA OFICINA

—El jefe está resfriado y tiene miedo de contagiarse...



—Espere un momento, que le dejaré mi lápiz de labios para apuntar esa dirección.

—Yo no seré de esos maridos autoritarios que obligan a su mujer a estar en casa, destrozando su carrera...



—¡Ha perdido un tornillo!

—No cuelgue: el jefe está buscando su teléfono...

DDTGRAMA ㊽

Por J. BAY

Modo de resolverlo

Las flechitas señalan el lugar donde empieza la palabra, que puede continuar vertical u horizontalmente, si así lo indica otra flechita sin definición. Las definiciones no se limitan, únicamente a referencias formales, sino que también admiten interpretaciones ingeniosas. Las fotos, sirven de definición, pudiendo significar el nombre del fotografiado o lugar que represente, así como su profesión o cualquier circunstancia que vaya unida a él. Las líneas de trazo grueso y las definiciones indican el final de una palabra.

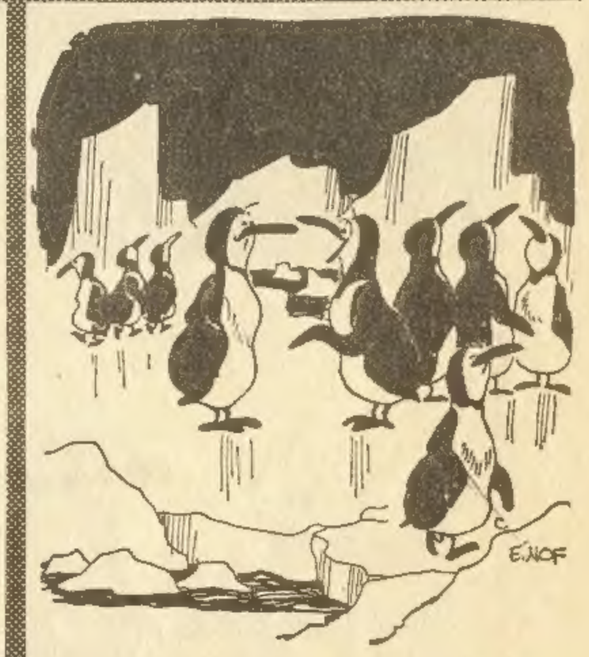
La solución se publicará en el número siguiente.

SOLUCION AL N.º ANTERIOR

—Sí, señoría. Ya nos hemos puesto de acuerdo sobre el veredicto...

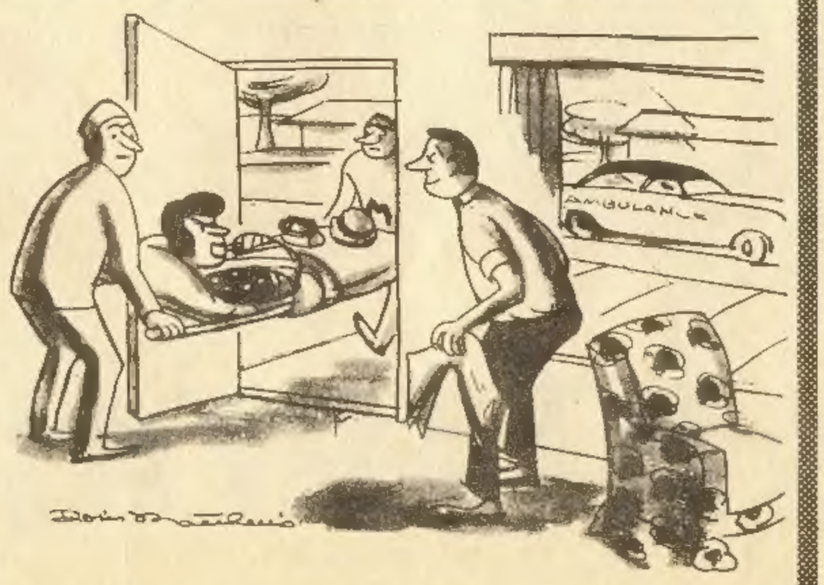
—¿Qué quiere que haga? He intentado comérmelo..., ¡y no puedo!

—Quinto piso..., aproximadamente.



—¿No nos hemos visto alguna vez? Su aspecto me resulta familiar...

—Por favor, señor Foreman, es suficiente con anunciar el veredicto...



—¿Es todo lo que se te ocurre decir?... «¿Cómo está el coche?»

—¡Déjale vivir! ¡Déjale vivir...!

porque

Cola-Cao les dió

¡SALUD! ¡FUERZA! ¡VIGOR!

PRINTED IN SPAIN - IMPRESO EN ESPAÑA